

PUNTO NEGRO

**BRU
GUE
RA**

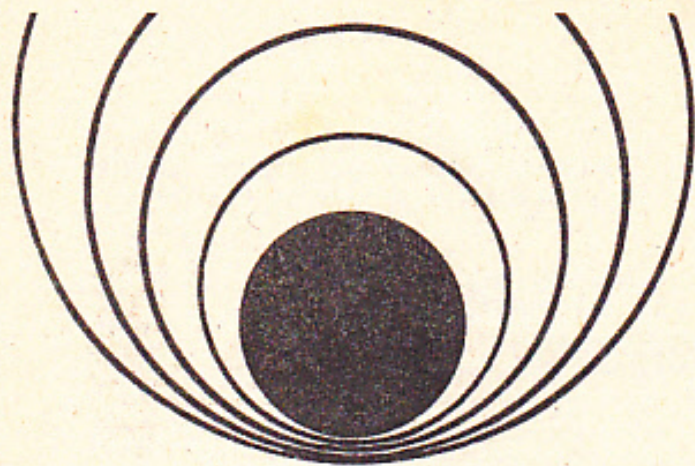
BOLSILIBROS

F POLICIACO

**LAURI ERA
INOCENTE**

Kelltom McIntire





PUNTO ROJO



KELLTOM McINTIRE
LAURI ERA INOCENTE

Colección PUNTO ROJO n.º
1.163 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR EN LAS
COLECCIONES DE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Búfalo Serie Azul
Búfalo Serie Roja
Bisonte Serie Azul
La Conquista del Espacio
Héroes del Espacio

ISBN 84 02 02520 X Depósito legal: B. 33.355 1984

Impreso en España Printed in Spain

1.a edición en España: noviembre. 1984

1.a edición en América: mayo. 1985

© Kelltom McIntire - 1984

texto

© Lozano - 1984

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. 08006 Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Breguer», S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona 1984

CAPITULO PRIMERO

Aquel día regresé a casa más pronto de lo normal. A las siete de la tarde, detenía suavemente mi automóvil a la altura de la casa que Laura y yo habitábamos en el barrio de La Selva.

Sentía una especial satisfacción: mi jefe me había ascendido aquella misma tarde de categoría y sueldo. De simple guardia jurado de la empresa Lasa de Protección y Seguridad, el señor Lasa me había promovido al cargo de jefe de servicios técnicos, con un sueldo tres veces mayor al que hasta entonces había venido percibiendo.

—Tendrá que trabajar de firme, Quiroga —me había dicho mi jefe—. Sin embargo, confío en sus cualidades. Es usted joven e inteligente. Le deseo, pues, que dirija su sección con acierto.

Satisfecho de poder dar a mi esposa tan agradable noticia, tomé mi utilitario del garaje de la compañía y me dirigí al colegio donde estudia nuestra hija Lauri, una preciosa morenita de ocho años recién cumplidos.

Durante el itinerario a través de la ciudad, Lauri parloteaba incesantemente, narrándome las pequeñas incidencias de un día más de clase.

Veinte minutos después alcanzábamos la avenida de los Olmos y detenía el coche ante nuestro pequeño chalet.

«Pequeño, pero confortable», pensé con orgullo, pues me había costado grandes sacrificios pagar hasta la última letra de aquella casa, situada en una zona tan tranquila como la residencia La Selva.

A mi esposa, por el contrario, no le agradaba mucho aquel lugar. Nuestros vecinos eran personas sencillas, empleados y funcionarios, gente vulgar, si se quiere, pero encantadora para mi gusto.

Naturalmente, Laura no tenía por qué compartir mis opiniones. Ella pertenecía a una familia distinguida y adinerada, había estudiado en un buen colegio inglés y se había criado en una residencia lujosa, en la que personajes como el mayordomo, el ama de llaves o la doncella le resolvían fácilmente cualquier problema.

Para mi fuero íntimo, la riqueza de la familia de mi esposa suponía un obstáculo más que una ventaja. Pero Laura estaba enamorada de mí y yo amaba a Laura apasionadamente. Y todo lo demás me tenía sin cuidado.

Pulsé el seguro de mi «Renault-5» y Lauri alzó el asiento delantero y descendió a la acera alegremente.

Yo bajé, encendí un cigarrillo, aspiré el humo con ansiedad y.

tras cerrar el coche, seguí a Lauri, que atravesaba ya nuestro diminuto jardín hacia la casa.

Mientras caminaba, pensé que, probablemente, mis amigos Barroso. Márquez y Rivera estarían jugando una partida al mus en el bar próximo. Yo me sentía ansioso por darles la noticia de mi ascenso, por lo que probablemente me acercaría al bar una vez hubiera saludado a mi esposa.

Aún no había ascendido los tres peldaños del pequeño porche, cuando mi hija retrocedió a toda prisa y se refugió en mis brazos.

—¡Papá, papá, el pasillo está manchado de sangre! —gimió, aterrada.

El corazón me dio un vuelco. Imágenes espeluznantes pasaron vívidamente por mi cerebro en escasos segundos.

Sin embargo, los cinco años que pasé en la policía habían templado mis nervios. Y una de las cosas que había aprendí do es que de poco sirve preocuparse por anticipado.

—Cálmate, nena. No ocurre nada malo. Quédate aquí, si quieres. Yo iré a ver qué pasa. No te asustes: probablemente mamá no habrá regresado aún.

Un grupo de niñas de la vecindad jugaban al *hoola-hop* a unos metros de distancia. La escena parecía tan familiar y rutinaria que sirvió para relajarme los nervios.

—Quédate aquí —repetí a Lauri—. En seguida vuelvo.

Ascendí los peldaños, pero me detuve. ¿Cómo había penetrado Lauri en casa? Normalmente, la niña esperara a que yo le abriera la puerta con mis llaves. Pero esta vez no había ocurrido así, de modo que *debió encontrar la puerta abierta*.

Tal pensamiento me inquietó. La puerta estaba entornada. La empujé y entré.

Lauri tenía razón: el pasillo estaba manchado de sangre. Algunos goterones formaban un rastro que llegaba hasta el salón.

—¡Laura! —llamé en voz alta.

Ninguna voz me respondió a mi llamada.

Saqué la plana pistola del nueve corto que siempre llevaba conmigo cuando estaba de servicio en la Empresa Lasa, S.A.

Crucé lentamente el salón. Las manchas se dirigían al cuarto de baño, cuyo pomo aferré con un ligero temblor.

Abrí de golpe. Allí no había nadie, aunque el jabón de tocador estaba manchado de sangre.

Sin darme cuenta, comencé a sudar profundamente, aunque estábamos en abril.

Anohecía ya y a través de las amplias ventanas del salón llegaba la luz del alumbrado público.

Di también la luz del salón y volví a llamar:

—¡Laura! ¿Estás ahí?

Registré mi pequeño despacho, el dormitorio de Lauri y la cocina. Incluso abrí la puerta de la despensa empotrada que mi esposa mantenía siempre abarrotada de víveres.

Laura tenía pequeñas manías, como esa de realizar desmesuradas compras de alimentos en cuanto se rumoreaba que algunos productos iban a subir. Nada de importancia.

Empujé la puerta del dormitorio, pero estaba cerrada. *Cerrada interiormente.*

—¿Estás ahí dentro, Laura? ¿Por qué te has encerrado? —grité con un trémolo de inquietud en la voz.

Por debajo de la puerta no se escapaba ningún rayo de luz.

En aquel momento, llegó desde el vestíbulo la voz llorosa de mi hijita:

—¡Papá, papá! ¿Qué ocurre?

Los nervios se me alborotaron.

De repente, cargué mis ochenta kilos de peso contra la puerta del dormitorio. La hoja resistió el primer embite, pero el marco de la puerta se astilló al segundo empujón y la puerta se abrió violentamente.

Nuestro dormitorio estaba en orden. La cama perfectamente hecha, mi revista preferida en la mesilla correspondiente, la alfombra simétricamente colocada y las zapatillas asomaban por debajo de la cama.

Dejé escapar un suspiro de alivio.

Sin embargo, no acertaba a explicarme lo ocurrido. ¿Por qué estaba la puerta de la calle abierta, quién había vertido aquellas gotas de sangre en el pavimento...?

Abstraído, me volví de un brinco, pistola en mano, cuando escuché aquel leve chirrido a mi espalda.

Y entonces vi a Laura, a mi esposa, que salía del armario ropero.

Su rostro estaba pálido y desencajado, temblaban sus carnosos y húmedos labios que yo había besado tantas veces y tremolaban también sus bonitas y cuidadas manos.

—¡Laura...! —exclamé, desfondado—. ¡Me has dado un susto de muerte!

Se precipitó en mis brazos y hube de apartar apresuradamente la pistola, que dejé sobre la mesilla.

Ella temblaba en mis manos. Bajo mis dedos, pequeñas pero continuas vibraciones recorrían su piel.

—¡Cálmate, por amor de Dios! —le susurré al oído. Y la besé suavemente tras las orejas, como a ella la gustaba tanto.

Se separó ligeramente de mí y me miró con desaliento.

—Pero ¿qué hacías ahí, dentro del armario? ¿Por qué te

encerraste en la alcoba? ¿Qué significan las manchas de sangre del vestíbulo? ¿Por qué estaba la puerta abierta? —pregunté, ávido de saber y de desentrañar la extraña situación.

Laura movió los labios con torpeza.

Mi mujer es una joven muy bella, fina, distinguida. Yo había tenido mucha suerte consiguiendo aquella esposa, que sólo tenía una pega: el dinero de su familia.

Al fin, Laura consiguió expresar, aunque con dificultad:

—Alberto, un hombre ha... intentado violarme.

CAPITULO II

Laura se dejó caer en el borde del lecho. Parecía al límite de sus fuerzas.

Me senté junto a ella y la estreché cariñosamente por la cintura.

En aquel momento, Lauri apareció en la puerta de la alcoba y se nos quedó mirando con una expresión entre alarmada e indecisa.

—¿Qué le ocurre a mamá, papá? —exclamó, con su fina vocecilla, mientras mantenía la cartera escolar colgada a la espalda.

—Nada importante, cariño. Un pequeño malestar pasajero —respondí, haciendo de tripas corazón.

La cogí por la mano, la llevé al salón y descolgué la cartera de sus hombros. A través de una de las ventanas, vi que las niñas seguían jugando en las proximidades.

—Aún es temprano, hija. ¿Te gustaría ir a jugar un rato con tus amiguitas? —le pregunté, disimulando mi ansiedad.

—Si tú quieres, papá... —respondió Lauri, no muy convencida.

Pero se fue y yo cerré la puerta de la calle y volví rápidamente al dormitorio. Mi esposa cruzaba sus brazos sobre el regazo y permanecía inclinada hacia adelante, inmóvil e inexpresiva. Pero parecía más tranquila.

Las preguntas que le dirigí a continuación tenían un definido tono policial.

—Vamos a ver, dime. En primer lugar, ¿conoces al hombre que intentó violarte?

Laura movió la cabeza en sentido negativo.

—Bien. ¿Cómo consiguió penetrar en la casa ese tipo?

—No lo sé —respondió ella, vacilante.

Me impacienté.

—Pero, querida Laura, tienes que esforzarte un poco. Te encuentro en casa, asustada y pálida como un cadáver, me dices que un hombre ha intentado violarte y no sabes cómo pudo entrar ese individuo en casa...

Mi esposa se mordía el labio inferior obstinadamente. Parecía una ñiña malcriada.

—No sé cómo pudo entrar el hombre. Tal vez olvidé cerrar la puerta cuando volví de casa de mis padres.

—¿A qué hora fue eso?

—A las seis, poco más o menos.

Saqué un paquete de cigarrillos y encendí uno. Laura me pidió otro con un gesto. Se lo encendí y lo puse en sus labios, que todavía temblaban ligeramente.

—Vamos a ver —dije, más tranquilo—. ¿Puedes, al menos, describirme a ese tipo? Probablemente tendré que ir a denunciar

el hecho a comisaría. Puede ser que se trate de un delincuente peligroso que ronda por la zona de La Selva.

Laura alzó vivamente el bello rostro.

—¿Denunciar.... comisaría? —balbució, atribulada—. ¡Mi madre se llevaría un tremendo disgusto!

—No importa lo que sienta tu madre, Laura. Se trata de tu seguridad y la de los demás. Y también de nuestro deber como ciudadanos. Dime, ¿cómo era ese hombre?

—Era... muy alto y fuerte, malencarado.

—Bien. ¿Moreno?

—No sé. Llevaba... llevaba sombrero. No pude ver bien sus cabellos —respondió, indecisa.

Debí plegar los labios en un gesto de escepticismo, muy frecuente en mí, pues incluso había llegado a formarme unos finas arrugas en las comisuras. Supongo que debe tratarse de un hábito adquirido durante mis tiempos de policía. El caso es que Laura se alteró.

—¿Es que no me crees? ¡Sólo faltaba eso!

—Mujer, mi extrañeza se debe a que, actualmente, casi nadie usa sombrero en este país. Sólo los ancianos y algún snob que quiere dar la nota. Sigamos, si no te importa. Ese individuo, ¿cómo vestía?

—Llevaba un gabán gris. O quizá fuera verde. Unos pantalones oscuros. No, claros. O tal vez grises, no sé.

—¿Zapatos?

—No se los vi. ¡Fue todo tan rápido...!

El retrato no era muy concreto, pero consideré que debía haber recibido un susto mayúsculo y esto la había perturbado profundamente.

—¿Quieres contarme como ocurrió?

Se retorció, muy nerviosa, las manos.

—Pero, bueno, esto ¿qué es? ¿Un interrogatorio policíaco? —exclamó con violencia desacostumbrada.

—Nada de eso, chiquilla —respondí, amable—. Pero tengo que protegerte, ¿no? Descansa un momento. Voy a por un trago. A ambos nos sentará bien.

Fui al salón, abrí un mueble y saqué dos vasos altos y una botella de whisky. Serví un par de dedos en cada vaso y fui a la cocina a por sifón bien frío. Al abrir la puerta una tufarada de humo brotó de la cocina.

Corrí hacia la ventana, la descorrí de par en par y tosí secamente, mientras pensaba que mi esposa se había olvidado algún asado en el horno.

Pero de repente pensé que el aroma que percibía mi nariz era

muy desagradable, como a lana quemada. Abrí de un tirón el horno y vi... a Pillo, nuestro precioso gato de Angora, tostándose lentamente, carbonizados su rabo y sus patas, muy abiertos sus preciosos ojos dorados.

Retrocedí, espeluznado.

Lo que contemplaban mis ojos era muy superior a la comprensión de una persona normal. ¿Qué hacía nuestro gato... asándose en el horno?

Por fortuna, había enviado a Lauri a jugar con sus amigas. ¿Cuál no hubiera sido su espanto si, fortuitamente, hubiera abierto mi hija el horno y se hubiera encontrado con aquel cuadro dantesco? Lauri amaba a Pillo, con el que jugaba horas enteras, lanzándole ovillos de lana, en los que el animalito enredaba sus patas y todo su cuerpo, ante las risas ingenuas de nuestra hijita.

En aquel momento, pensé:

«Mi esposa ha debido volverse loca.»

Porque ¿quién, sino ella, podría ser la causante de una acción tan cruel, tan., demoníaca?

Tenía que reaccionar y reaccioné. Apagué el horno, busqué apresuradamente algo con lo que recoger el cuerpo carbonizado del gato. No hallé nada más a propósito que un largo trinchante con mango de madera y, valiéndome de él, despegué el cuerpo de *Pillo* del fondo del horno, lo introduje en una bolsa de plástico, que dejé en el cubo de la basura y tapé inmediatamente.

Ahora sí que necesitaba un trago. Abrí el frigorífico para coger el sifón y... quedé petrificado.

Sobre un plato, estaban los cuerpecillos ensangrentados de los dos periquitos que había regado a mi hija en su cumpleaños. La cabezas de ambos pájaros habían sido separadas del cuerpo y estaban aparte, en un plato más pequeño.

—¡Dios mío! —murmuré entre dientes, profundamente desalentado, casi horrorizado.

La persona capaz de llevar a cabo tan sangrientas fechorías debía ser un verdadero criminal, un ser desalmado y carente de los más elementales sentimientos humanitarios.

«¡Laura!», pensé, aterrado.

Pero ¿cómo admitir, sin enloquecer, que mi esposa fuera la culpable de semejante vileza?

No. Necesariamente tenía que estar confundido.

Con el nerviosismo y la angustia que puede imaginarse, busqué apresuradamente otra bolsa de plástico, introduje en ella los cuerpos de los dos periquitos y la arrojé, igualmente, al cubo de la basura.

Me había olvidado por completo de lo que me había llevado a la cocina. Volvi apresuradamente a nuestra alcoba conyugal.

Laura seguía sentada en el borde del lecho, con las piernas juntas, la mirada baja y las manos inquietas sobre el halda.

—Laura...

—¿Qué...? —alzó vivamente el rostro como si mi voz la hubiera asustado.

—¿Qué fue lo que dejaste en el horno?

—¿En el horno? —musitó desorientada.

—¡Si, en el horno! —clamé, frenético.

Ella me miró, dolida.

—¡No recuerdo haber dejado nada en el horno! —protestó—. ¿Por qué me preguntas eso? ¿Por qué clavabas en mí esa mirada acusadora?

De pronto, me sentí culpable.

—Por nada, era una simple pregunta —disimulé. ¡Parecía tan ingenua e inocente...!

Fui a echar una ojeada a mi hija. Lauri jugaba con sus amiguitas, moviendo cadenciosamente la cintura para hacer girar el aro de madera.

Vi los vasos con el whisky en el mueble del salón y decidí tomar un trago para tranquilizarme. No solía tomarlo solo y el licor abrasó mi garganta, pero un momento después me sentía mucho mejor.

Volví junto a mi esposa.

—Está bien, olvidémoslo todo —dije—. Vamos a ver un rato la televisión. Más tarde si quieres, volveremos a hablar de ese incidente. Cuando estés más tranquila. Ven al salón. Te serviré tu whisky.

Se puso en pie, más animada, y fuimos ambos al salón. Conecté el televisor y nos sentamos. Estaban dando un programa deportivo, pero no le presté mucha atención. No tenía paciencia para estar quieto.

Un momento después, fui a la cocina, saqué los dos platos ensangrentados y los enjuagué apresuradamente con agua, como el criminal que oculta las huellas de su crimen.

Tendría que recordar la necesidad de sacar el cubo de la basura poco después. Por fortuna, ésta era una tarea que yo mismo me había reservado cada día.

Cogí el sifón, volví al salón, eché un buen chorro en el vaso de mi esposa y lo puse en su mano.

Lauri llegó en seguida de la calle y se abrazó a su madre, que pareció verla por primera vez aquella tarde. La estrechó fuertemente contra sí y murmuró algo que no pude entender.

Eran las ocho, la hora en que Lauri solía cenar. Pero yo no me atrevía a insinuar a mi esposa que fuera a la cocina y preparase

algo para la niña. Inmediatamente recordé a nuestro gato, socarrándose lentamente en el horno. Y los cuerpecillos de los pajaritos de colores, descabezados y ensangrentados en un plato. Y me estremecí.

¿Qué maldición se había abatido de repente sobre mi hogar?

Habíamos sido muy felices durante ocho años y todavía podíamos serlo durante muchos más.

Entre Laura y yo no habían surgido problemas importantes. Cierto que ella me reprochaba a veces no haber aceptado un cargo de alto ejecutivo en algunas de las empresas de su padre, pero yo había sabido aficionarla a los encantos de la gente sencilla y a los goces entrañables de la vida familiar en un hogar modesto, pero confortable y presidido por la alegría.

¿Por qué, ahora, la desgracia se abatía sobre mi casa?

—Mamá, tengo hambre —exclamó mi hija en ese momento.

—Mamá está cansada. Yo mismo prepararé tu cena —la contenté.

Me puse en pie. Mi esposa miraba, absorta, la pantalla del televisor. Estoy seguro de que en aquel momento sus ojos miraban sin ver.

Fue en aquel momento cuando observé su dedo índice, cuyo extremo estaba envuelto en una tira de esparadrapo. Al parecer, se había cortado con el cuchillo y eso debía explicar las manchas de sangre que ensuciaban el vestíbulo, el pasillo e incluso el cuarto de baño.

Pero ¿cómo se había producido aquella herida? La imaginación me gastó una broma pesada. Instantáneamente vi en mi imaginación cómo Laura empuñaba un cuchillo de cocina y decapitaba a dos inocentes pajarillos...

Agité la cabeza, en un intento desesperado y voluntarioso de alejar tan descabellados pensamientos de mi mente.

Sin embargo, una vez en la cocina volví a experimentar un intenso escalofrío. Poco después, regresaba al salón con una bandeja en la que estaba la cena de Lauri. Le había preparado rápidamente tres bocadillos y un gran vaso de zumo de naranja. La niña se puso a comer en seguida, con gran apetito.

Me dejé caer al fin, fatigado, en el mismo diván que ocupaban las dos Lauras, madre e hija.

Miré el perfil de mi esposa. Era bella, bellísima. Los sedosos y espesos cabellos de color castaño muy claro —ella se los aclaraba un poco más de su tono natural— caían en riza dos mechones sobre su frente, un poco abombada, de piel tersa y traslúcida. Las cejas, perfectamente perfiladas, estaban fruncidas en arco, como dos interrogaciones. Los ojos eran brillantes, color avellana, llenos

de vida y de juventud. Tenía una nariz recta, bien formada, fina y sensitiva. En cuanto a sus labios eran anchos, carnosos, eternamente húmedos. Y ahora aparecían fruncidos en un mohín de obstinación que me resultaba absolutamente desconocido. También había un fruncimiento extraño en su frente, allí donde la piel formaba finas arruguillas.

Yo amaba a aquella mujer con todas mis fuerzas. Laura no sólo era bella, a mí me había parecido siempre la expresión más auténtica de la pureza y la sinceridad.

Y, sin embargo, ahora...

Me recriminé a mí mismo. Instintivamente, yo consideraba a Laura culpable de aquella barbaridad relacionada con el gatito de Lauri y sus dos periquitos. ¿Por qué? ¿Qué pruebas tenía yo para acusarla?

En la televisión ofrecían en ese momento un espacio de divulgación sanitaria. Aquel día, varios psiquiatras trataban el tema de las enfermedades mentales. Por un momento, presté atención a lo que decían, pero luego mis pensamientos tornaron al problema acuciante que me obsesionaba.

Volví a plantearme el asunto con una premisa fundamental: *Laura sólo había dicho la verdad.*

¿Por qué no? Ultimamente, mi esposa había dado muestras de sufrir olvidos insignificantes. Como cada tarde, Laura había tomado un taxi para trasladarse a la zona residencial Rocas Blancas, donde se encontraba la espléndida residencia de sus padres, en medio de un paraje boscoso y soleado, muy atractivo. Laura solía marcharse después de medio día para volver entre las seis y las siete de la tarde.

—Quizá, distraída, olvidó cerrar la puerta de nuestra casa. Algún merodeador debió advertirlo y decidió entrar para robar. Laura volvió a las seis, un poco antes de lo acostumbrado. El ladrón se encontraba aún dentro de la casa y la atacó. Quizá el individuo no pretendió violarla, sino escapar. Pero Laura, aterrada, pensó otra cosa —divagué.

Si aceptaba tal versión de los hechos, tenía que admitir que aquel tipo era un delincuente peligroso. Había intentado apoderarse de una cantidad de dinero y no lo había encontrado (tanto Laura como yo teníamos nuestras tarjetas de crédito y apenas utilizábamos el dinero en metálico). Frustrado, aquel individuo había dado rienda suelta a sus más íntimos instintos introduciendo a «Pillo» en el horno encendido y decapitando brutalmente a los dos periquitos.

Este razonamiento me pareció aceptable. En cuanto a la confusa actitud de mi esposa, ¿qué mujer no se sentiría

descentrada y desconcertada tras hallar a un merodeador dentro de su casa?

La herida de su dedo índice de la mano izquierda, podría muy bien habérsela producido Laura en el forcejeo con el malhechor.

Más relajado, me incorporé sobre el diván para buscar un cigarrillo y servirme un nuevo whisky. Cuando volví, Lauri se había dormido recostada sobre la espalda de su madre.

Un ramalazo de ternura me embargó. ¡Qué linda estaba mi hija, descansando confiadamente sobre el costado de su madre!

—Voy a acostar a Lauri —dije a mi esposa—. ¡Pobrecilla! Debe estar rendida.

La tomé en brazos como una pluma y la llevé a su dormitorio. La desnudé, le puse su pijama y la arropé cuidadosamente. Ronroneó un poco entre dientes, pero no se despertó cuando la besé con todo el amor del mundo.

Permanecí un momento contemplándola. Y en aquel momento recordé las dos bolsas del cubo de basura. Fui a la cocina, las cogí, las envolví en unos periódicos y al cruzar el salón, dije a Laura:

—Salgo un momento a dejar la basura.

Ella no debió oírme, pues ni siquiera se volvió a mirarme.

En la calle, dirigí una desconfiada mirada a los alrededores. La avenida de los Olmos estaba tranquila, solitaria y silenciosa. Allí nunca solía ocurrir nada. No hallé rastro de ningún merodeador.

De vuelta a casa, pregunté a Laura si quería que prepara se unos bocadillos.

—No tengo hambre —respondió, sin apartar sus ojos del televisor—. Hazte algo para ti.

Pero yo había tomado un bocado en un bar y no tenía el menor apetito. Fui a la cocina, traje un cuenco lleno de cubitos de hielo y puse dos en mi vaso de whisky.

El boletín informativo de las nueve de la noche terminó y empezó la sesión de noche con una película de Alfred Hitchcock, *Rebeca*, que yo había visto veinte años atrás, cuando apenas era un niño. La semana anterior habían puesto otra película del mismo director cinematográfico titulada *Psicosis*, que nos había impresionado profundamente, tanto a Laura como a mí.

Poco a poco, fui acercándome a Laura, pasé un brazo por encima de sus tibios hombros y la besé detrás de la oreja.

—¡Pobre chiquilla mía! —murmuré, estremecido de ternura—. ¡Debiste llevarte un susto mayúsculo esta tarde!

Laura se volvió y sonrió.

Movido por un impulso incontenible, la volví hacia mí y la besé apasionadamente en los labios. Ella produjo un quejido mimoso y

se abandonó en mis brazos.

No aguardamos a ver el final de la película. Yo me sentía muy excitado y la acariciaba sin cesar, y Laura respondió a mi pasión con leves murmullos significativos.

Apagué el televisor y fuimos a acostarnos. Un momento después, hacíamos el amor apasionadamente. La sentí vibrar entre mis brazos cuando, ya desnudos, la acaricié íntimamente. Poco a poco, ella fue tornándose protagonista de aquel movimiento de pasión incontenible y al fin, ambos nos fundimos en el placer que nos llegaba a oleadas.

Más tarde, ella comenzó a hablar fluidamente. Ya no había rastros de su inseguridad anterior: ahora las ideas acudían como un torrente a sus labios.

Me contó con detalles todo lo ocurrido. Al llegar a casa, se había sorprendido mucho al introducir la llave en la cerradura y percibir que la puerta se abría sin necesidad de girar la llave.

Luego, una sombra se había abalanzado sobre ella y el hedor de un cuerpo grasiento y desaseado le había provocado náuseas. Forcejeó con el desconocido y sintió una punzada en un dedo. Aterrada, notó su mano impregnada de su propia sangre y estuvo a punto de desmayarse.

El asaltante había huido, sin duda. Laura, aterrada, fue al lavabo, se curó la herida y se refugió en la alcoba. Se sentía entonces tan poco segura de sí misma y tan horrorizada que no dudó en cerrar la puerta por dentro e incluso encerrarse en el ropero.

Su declaración —lúcida y conexa ahora— coincidía casi al milímetro con lo que yo había imaginado, una vez superada mi desconfianza inicial.

La estreché entre mis brazos y volví a besarla con ternura.

—No te preocupes, no volverá a ocurrir. Probablemente, aquel tipo estaba tan asustado como tú y no se le ocurrirá volver. Sin embargo, tienes que ser más cuidadosa y no olvidarte de cerrar con llave. Por si acaso, cambiaremos las cerraduras e instalaremos una alarma. De todas formas, ese merodeador puede ser un tipo peligroso. Mañana me acercaré a la comisaría y denunciaré el hecho. Pero no te alarmes, nadie sabrá nada, excepto nosotros y la policía. Es preciso poner este incidente en conocimiento de los agentes del barrio. Ese delincuente podría dar un disgusto a cualquiera de nuestros vecinos —le dije.

Cuando terminé de hablar, ella dormía serenamente. Por desgracia, yo no concilié el sueño con tanta facilidad.

Abrazado a mi esposa, sentía el tibio calor que irradiaba su hermoso cuerpo. Pero mis pensamientos volvían una y otra vez a

desmenuzar las secuencias vividas aquella tarde.

De pronto, cuando ya estaba a punto de dormirme, recordé que ni siquiera había hablado a mi esposa de mi reciente ascenso profesional.

«No importa —pensé—. Lo más importante es ella.»

CAPITULO III

Mi nueva situación en la empresa Lasa, S. A. conllevaba otros beneficios, aparte de la remuneración muy superior y la correspondiente promoción personal. Me permitía, por ejemplo, dividir mi jornada profesional en dos partes, la primera de las cuales terminaba al volver a almorzar a casa, a las dos de la tarde.

No había tenido tiempo de hablar aquella mañana con Laura. Ella se había levantado a las ocho para prepararnos el desayuno a Lauri y a mí y en seguida volvió a acostarse. Estaba dormida cuando Lauri y yo la besamos y abandonamos la casa.

Ya en el coche, mi hija oprimió levemente mi brazo y dijo:

—«Pillo» ha debido marcharse en busca de alguna gatita, papá. Le he llamado esta mañana, pero ese pintilla no ha querido acudir. ¿Es ya la época en que los gatitos buscan a sus parejas, papá?

La pregunta de mi hija me dejó perplejo. Sin embargo, comprendí que ella misma, con su ingenuidad, me brindaba una explicación.

—Seguramente, Lauri —respondí—. Ya sabes que los gatos se suelen ausentar del hogar caprichosamente, aparte del celo. Algunos desagradecidos ni siquiera vuelven. «Pillo» quizá sea uno de éstos. Pero no te preocupes: si ese ingrato no volviera, yo te traería otro.

La niña se mostró conforme con mis palabras y yo me olvidé del asunto. Poco después, la dejaba en su colegio y proseguía el camino hacia las oficinas de mi empresa.

A las dos de la tarde, tomé mi coche, dispuesto a dar una sorpresa a Laura. Por una vez en muchos años, podríamos almorzar juntos en un día entre semana.

—La llevaré al restaurante —decidí, excitado—. Eso la obligará a rememorar nuestros primeros tiempos.

Me sentía muy alegre. La jornada matinal se había desarrollado a toda satisfacción. Mi trabajo consistía ahora en dirigir el tráfico de vehículos blindados de la empresa, organizar el trabajo diario y ocuparme, también, de las relaciones con nuestros clientes.

Para mí, tal trabajo no suponía ninguna dificultad. Había estado mucho tiempo deseando ocupar el puesto que ahora tenía —mi antecesor acababa de jubilarse— y al fin lo había conseguido.

El dinero extra que iba a conseguir a partir de aquel momento, podíamos invertirlo en la compra de una parcela o de una finquita en algún lugar retirado y rústico. A Laura, probablemente, le encantaría la idea.

Atravesé la ciudad y alcancé la zona residencial de La Selva. Al

pasar ante el edificio de la comisaría del distrito, recordé el incidente de la tarde anterior. Aparqué y penetré en la comisaría.

El inspector de guardia era un viejo conocido mío, el veterano Jorge Viniegra. Nos saludamos cordialmente y luego le expuse el asunto. Viniegra fue tomando nota en un bloc de los principales datos de mi denuncia y luego me miró fijamente:

—Es extraño —dijo—. No suelen encontrarse vagabundos o delincuentes en este distrito. Hace dos años que se produjo una denuncia semejante. La descripción del ladrón era muy clara y minuciosa y al día siguiente detuvimos a aquel tipo en una taberna. La descripción que acabas de darme no es tan completa, Quiroga.

—Compréndelo —me expliqué—. Era al atardecer, la casa estaba en penumbra y mi esposa apenas pudo ver a su agresor. Ella comenzó a gritar, descompuesta, y el merodeador se apresuró a huir. Por lo demás, en aquellos momentos de tensión, Laura apenas fue capaz de reaccionar. Se sintió aterrada.

—Lo entiendo —asintió Jorge Viniegra—. Nos ocuparemos del caso. Encargaré este asunto a los agentes de los auto patrullas y también a los policías de barrio. Si ese tipo continua merodeando por aquí lo encontraremos. No será muy difícil. En la zona de La Selva no existen casas deshabitadas, naves comerciales abandonadas ni solares donde un vagabundo podría ocultarse. Si el hombre que se introdujo en tu casa sigue por aquí, lo encontraremos.

Le di las gracias efusivamente y me despedí.

Un momento después, detenía el coche ante el número 44 de la avenida de los Olmos. Durante unos minutos, contemplé con orgullo y satisfacción nuestra casa.

No era ninguna gran cosa: un chalet de muros de ladrillos y tejado rojo, de unos cien metros de extensión. La construcción no era lujosa, pero sí sólida. En la parte anterior, teníamos unos ciento veinte metros de jardín, con unos cuantos sauces y catalpas todavía jóvenes, un caminillo, rocallas floridas y una zona de césped que mi esposa y Lauri se encargaban de regar cuando llegaba la primavera. Estábamos en abril y la hierba brillaba como un manto de esmeraldas.

Nuestra casa formaba parte de una sucesión de pequeñas villas de idénticas proporciones e igual aspecto, en una hilera escalonada. Al otro lado de la avenida, aunque en un plano ligeramente inferior, se alargaba otra serie de chalets parecí dos al nuestro. La calzada era amplia, al igual que las aceras, adornadas con hileras de olmos, madroñeros y plátanos silvestres.

A mí me gustaba mucho aquella zona de la ciudad. La gente era pacífica y educada y la circulación de vehículos escasa, por lo que los niños podían jugar tranquilamente en las inmediaciones, sin

estar expuestos a un desgraciado accidente.

Bajé del coche y atravesé el sendero con paso vivo y alegre. Introduje la llave en la cerradura y empujé la puerta.

—¡Cariño, ya estoy aquí! —grité alegremente, cerrando la puerta a mi espalda—. Se me olvidó decirte que...

Las persianas correderas estaban bajadas en el salón. La casa estaba silenciosa y sombría.

En seguida supe que Laura no estaba allí. Mi esposa amaba la luz por encima de todas las cosas, de modo que cuando ella estaba en casa procuraba que la luminosidad solar penetrara a raudales a través de las ventanas.

Recorrí la casa: ni rastro de Laura. Busqué una nota en el lugar donde ella solía dejarme sus recados: la cocina. Pero no hallé ningún mensaje.

Confieso que me sentí decepcionado. Había esperado encontrarla en casa para invitarla a almorzar en un restaurante, hablarle de mi ascenso y celebrar el acontecimiento. Pero ella no estaba.

Vagué durante unos minutos por las distintas habitaciones de la casa, confuso y desalentado... Un detalle me sobresaltó: la cama de Lauri y la nuestra estaban desordenadas.

—Es incomprensible —murmuré—. Laura es una mujer ordenada y meticulosa. Jamás había dejado las camas sin hacer.

Un tanto preocupado, volví al salón y descolgué el teléfono. Marqué con ademanes nerviosos el número de la residencia de mis suegros en Rocas Blancas.

Juana, la doncella, atendió mi llamada.

—No, no la he visto, señor Quiroga. Pero aguarde un momento: quizá su esposa estuvo aquí mientras yo salía a unos recados. Espere, por favor. Voy a preguntar.

Encendí un cigarrillo con movimientos más impacientes de lo normal!. En seguida escuché la cuidada voz de mi suegra, Elvira.

—¡Hola, querido Alberto! Precisamente me proponía llamaros esta tarde. Me extrañó que Laura no viniera ayer. ¿Es que acaso se encuentra indispueta?

Me quedé sin habla.

Laura me había mentido. Laura no había visitado a su familia el día anterior.

Carraspeé, aturdido.

—¿Indispueta? —murmuré para ganar tiempo—. Por supuesto que no. Creí que estaba ahí, que se proponía desahogarse contándole el incidente de ayer tarde. Pero...

—¿Qué ocurrió ayer tarde? —me interrumpió, tajante, mi suegra.

Se lo conté, procurando quitar importancia al asunto. Todo estaba solucionado, no había por qué preocuparse.

Pero Elvira comenzó a lamentarse:

—¡Dios mío! ¡Imaginar que ese horrible criminal pudo hacer daño a mi pobre niña!

—Vamos, no es para tanto. El individuo vio la puerta abierta y entró a robar. No encontró dinero y... Bueno, imagino que cuando ese tipo vio entrar a Laura, se sintió tan asustado como ella. Por fortuna, Laura se fue tranquilizar a lo largo de la noche. Y...

—Os lo he dicho siempre, Alberto. En esos barrios donde vive tanta gente de procedencia heterogénea, nunca existe la menor seguridad. Por eso insistí tanto en que viniérais a vivir con nosotros. Aquí, en Rocas Blancas, disponemos de vigilantes jurados, perros guardianes, vallas y sistemas electrónicos de seguridad. Ningún asaltante puede llegar hasta nuestras residencias y eso nos permite vivir muy tranquilos. Vuestro sitio está aquí, Alberto. Pero tú...

—Bueno, dejemos eso —exclamé, irritado—. El barrio de La Selva ha sido muy tranquilo y ordenado siempre. Por lo demás, pienso instalar yo mismo un sistema electrónico de seguridad en toda la casa. Por fortuna, no hay el menor peligro.

—Bien, ¿dónde está mi hija? —cuando Elvira Barrantes se sentía encorajinada siempre llamaba a Laura *mi hija*.

Aclaré mi garganta con un carraspeo. No quería alarmar a mis suegros, ni suscitar sus críticas, casi siempre injustas.

—Ella no sabía que, a partir de ahora, podré volver a casa a mediodía. Supongo que alguna de sus amigas debió invitarla a comer. Eso es todo —dije.

—¡Pobrecilla! —exclamó Elvira en el tono más conmisericordioso—. Debí sufrir un terrible trauma al entrar en su casa y tropezarse con un desconocido. Laura es tan delicada, tan sensitiva. ¡No quiero ni pensar lo que pudo ocurrir! Imaginar que ese desalmado la hubiera...

—¡Señora! —la corté con brusquedad—. Laura no recibió más daño que el susto y un pequeño corte en un dedo.

—No, si todavía serás capaz de defender al asaltante —respondió mi suegra, con la peor intención del mundo.

Hinché mis pulmones de aire y conté hasta veinte antes de volver a hablar. En mi organismo no había exceso de colesterol, pero Elvira Barrantes era muy capaz de exacerbar al hombre más templado.

—Acabo de visitar la comisaria. Me han asegurado que buscarán al merodeador. Si ese tipo se encuentra todavía en algún lugar del barrio de La Selva, lo detendrán. La policía se ocupará de eso.

—Será mejor que hable con Alonso. Mi esposo tiene amistad con importantes jefes de la Dirección General de Seguridad, que

solucionarán el problema inmediatamente.

—¡Escuche! —me encrespé—. Es un asunto *nuestro*, de Laura y mío, y no permitiré que nadie más se ocupe de esto. Espero que lo haya entendido, señora.

Sucedió una pausa. A través del teléfono, me llegó el jadeo encolerizado de mi suegra.

—Está bien, pero nadie me impedirá expresar en voz alta lo que pienso, señor Quiroga —cuando se encolerizaba, la madre de mi esposa recurría al tratamiento protocolario—. Y lo que pienso es que mi hija jamás debió casarse con un hombre como... como usted.

—Por fortuna, ella no es de la misma opinión. Buenas tardes, señora de Barrantes —respondí. Y colgué.

Durante un instante, contemplé el teléfono con ira, como si el aparato fuera la causa de mi irritación.

¿Dónde estaría Laura? Intenté convencerme de que la explicación que había dado a mi suegra respondía a la realidad. Era muy posible que mi esposa hubiera recibido la invitación a almorzar de algunas de sus amigas de la clase alta. Como Laura no sabía que yo regresaría a comer aquel mediodía, habría aceptado la invitación de buen grado. ¿No era lógico?

No tenía mucho apetito, pero tenía que comer algo. Sin la compañía entrañable de mi esposa, no me apetecía ir a almorzar a algún restaurante próximo, por lo que fui a la cocina y me preparé un par de bocadillos, que mastiqué distraído, acompañando al frugal almuerzo con una cerveza fría.

Debía volver a la oficina a las cuatro, pero apenas acababan de dar las tres. Dispuse, pues, de tiempo suficiente para comer y beber un par de cervezas y descansar un rato mientras veía la televisión.

No me sentía particularmente preocupado por la ausencia de Laura.

«La encontraré en casa cuando vuelva al atardecer», pensé.

A las tres y media, salí de casa y volví a la oficina. Tuve una entrevista con el señor Lasa al final de la jornada, el cual, cuando nos despedíamos, tuvo una frase de aprobación para mi labor.

—Buen trabajo, Alberto. Ha sabido usted resolver magistralmente todos los problemas surgidos durante la jornada. Le felicito.

Poco después, recogía a mi hija del colegio. La niña se acomodó en el asiento trasero, apretó el botón del seguro como yo le había enseñado y se puso a contarme sus experiencias escolares.

Luego, comentó, mientras yo conducía atento a la circulación urbana:

—Creo que nos han robado a «Pillo», papá.

Al principio, distraído, no presté mucha atención a lo que me decía. Pero ella volvió a insistir:

—«Pillo» no escapó en busca de una gatita, papá.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté, atónito...

—Lucy tiene una enciclopedia y sabe mucho acerca de animales. Me dijo que los gatos no buscan compañera hasta que son adultos, cuando tienen cerca de dos años. Tampoco buscan a las gatitas en abril, sino en invierno. Y, además, «Pillo» sólo tiene seis meses —afirmó.

Asentí con un gesto, un tanto incómodo. Los niños de la generación de Lauri son endiabladamente despiertos. Mi hija había conseguido ponerme en un apuro.

—Tal vez «Pillo» no busque una gatita, sino compañeros para sus juegos. Tú sabes que los gatos jóvenes son juguetones por naturaleza, ¿no es cierto? Probablemente, «Pillo» volverá cuando se canse de jugar —mentí—. Y si no vuelve, tú tendrás otro gatito tan hermoso como «Pillo».

—A mí el que me gusta es «Pillo» —respondió Lauri, obstinada.

Sin embargo, yo sabía que mi hija se conformaría fácilmente en cuanto yo le trajera otro cachorro. Ojalá todos los problemas fueran como ése.

Mientras conducía hacia casa y Lauri seguía parloteando —olvidado ya el tema de su gatito—, me pregunté qué espíritu maligno me había impulsado a refrenar mi idea de dejar una nota en casa, avisando a Laura que había estado a almorzar a mediodía.

Era consciente de que no me había comportado limpiamente. Lo más noble hubiera sido obedecer el primer impulso y dejar la nota para mi esposa, pero mi instinto de policía me había obligado a proceder de tal modo.

Al fin, el coche enfiló la avenida de los Olmos y poco después nos deteníamos ante nuestra casa.

Como siempre, Lauri saltó ágilmente a la acera y corrió por el sendero hacia el porche.

—¡Espera! —le grité, recordando instantáneamente el susto de la tarde anterior.

Lauri se volvió, desconcertada, pero obedeció. Luego la tomé por la mano y juntos llegamos a la puerta. Antes de introducir la llave en la cerradura, oí la música que sonaba dentro de la casa, graduada a un volumen exageradamente alto.

Abrí y entremos. La música, sincopada y excitante, atronó nuestros oídos.

Atónito, pues Laura jamás se había dejado llevar por los

excesos, crucé el vestíbulo, llevando a mi hija de la mano. Advertí que todas las luces estaban encendidas y que la música inundaba de forma avasalladora toda la casa.

Laura estaba en el salón. Ni siquiera advirtió nuestra llegada.

Vestía un vaporoso y transparente salto de cama y se mecía al compás de la música atronadora, ceñido el talle por sus propios brazos.

Le dije algo, pero ella no me oyó. Lauri contemplaba, absorta, a su madre.

Crucé el salón y bajé el volumen de la música en el mueble compacto situado junto al televisor. Al unísono, mi esposa dejó escapar un alarido y retrocedió de un salto, despavorida.

Quedó apoyada sobre el muro, con las crispadas manos cubriéndose parcialmente el rostro, como si aguardase la tarascada de una fiera rabiosa.

—Pero ¿qué te ocurre? —clamé, desorientado y asombrado.

Laura dejó caer flojamente los brazos y exhaló un suspiro.

—¡Dios mío, me has dado un susto de muerte! —murmuró, todavía rígida.

—Siento haberte asustado, pero eso no hubiera sucedido si no tuvieras la música a un volumen capaz de volver sordo a cualquiera. ¿Por qué ese escándalo? En cuanto a tu vestimenta...

Parecía fuera de lugar. Si algún defecto tenía mi esposa, ése era precisamente el de ser excesivamente pudorosa. Recuerdo que cuando nos conocimos se sonrojó la primera vez que apareció ante mí en bañador. Y en cuanto al bikini, no consintió en lucirlo hasta varios años después de casada y eso porque yo insistí en que el bikini realzaría aún su espléndida y estatuaría silueta. Y ahora...

Lauri se sentía tan asombrada como yo. La niña miraba de hito en hito a su madre con tanto estupor como si Laura se hubiera disfrazado de caníbal.

Mi esposa me miró a través de sus ojos turbios. Normalmente sus ojos color avellana tenían la pureza de las gemas, pero en aquella ocasión se me antojaron acuosos y confusos.

—Sentía mucho calor —se excusó—. ¿Es que una no tiene derecho a vestir en su casa algo fresco...?

Se acababa de expresar con voz estropajosa, lánguida y farfullante. Había bebido de más, era evidente.

Me volví y dije a Lauri:

—Deja tus libros en tu cuarto y vete a jugar un rato, hija. Mamá y yo tenemos que hablar.

Sobre la mesita había un vaso mediano de whisky y el cenicero de cristal estaba lleno de ceniza y colillas. Un arrugado paquete

de cigarrillos había caído al suelo, que estaba también pegajoso y sucio.

Lauri pasó entre nosotros, nos dirigió una rápida mirada y nos lanzó un alegre:

—¡Hasta luego!

Cuando regresé de cerrar la puerta de la calle, Laura se había sentado en el diván y miraba su vaso con expresión lejana y concentrada. Tenía fruncidos los labios en aquel rictus obstinado y duro, tan reciente.

Mientras me servía un poco de whisky y un cubito de hielo del cuenco que mi esposa había dejado en el mueble bar, dije:

—Veo que has estado celebrando algo. Se me olvidó decirte que hoy vendría a mediodía. Tú no estabas.

Laura alzó fugazmente la mirada y dijo:

—Tenía que desahogarme con alguien, tras el susto de ayer. Decidí ir a hablar con mi madre. ¿Hay algo de malo en ello?

—¿Por qué habría de haberlo? No es que entre tus padres y yo haya un gran entendimiento, pero jamás te he prohibido que los visites cuantas veces quieras —respondí, amable—. Aunque me duele necesites a tu madre para consolarte. Antes, yo era suficiente para darte ánimos y alejar tus penas.

No hizo ningún comentario. Se limitó a dar un trago de su vaso.

La observé de reajo, mientras la música seguía sonando, aunque ahora a un volumen soportable para mis oídos.

Bajo su fina *negligé* llevaba unas pequeñas braguitas, pero se había olvidado del sujetador y sus senos, prietos y perfectamente formados, se estremecían al menor de sus movimientos.

Mirándola, me asaltó un pensamiento inquietante:

«Está bellísima y... provocativa Si el hombre que se introdujo en esta casa ayer, la hubiera sorprendido con tal vestimenta. seguramente no hubiera dudado en violarla.»

Me estremecí ante tal pensamiento. Laura movía los hombros levemente al compás de la música.

—Cuando llegué y comprobé que no estabas, imaginé que habías salido a almorzar con alguna de tus amigas.

—No, no salí con ninguna amiga —murmuró ella—. Ya te he dicho que estuve en casa de mis padres.

—¿Desde por la mañana? —quise asegurarme.

—Sí, desde por la mañana —respondió ella, sin dudar un momento.

Yo sabía que era mentira.

CAPITULO IV

Fue para mí como si el firmamento entero se hubiera desplomado sobre mi cabeza.

—¡Por amor de Dios, ¿qué te está ocurriendo, Laura? —clamé, sin poder contenerme. Y me incorporé bruscamente y comencé a pasear de un extremo a otro del salón.

Al cabo, me detuve bruscamente y dirigí una mirada furiosa a aquella mujer a la que tanto amaba.

No parecía la misma persona de unos días antes. Sentada en el diván de cualquier forma, con las piernas abiertas, apoyados los codos en las rodillas, el vaso en la mano, sudorosa, despeinados los preciosos cabellos castaños, casi rubios...

—¿Qué está ocurriendo, Laura? —repetí—. La mujer más tímida del mundo, se pone a bailar semidesnuda al ritmo de una música escandalosamente atronante, se marcha de casa sin advertirme, está todo el día fuera cuando yo quiero darle la noticia más importante de mi vida profesional, viene a casa bebida, fuma como un carretero, apenas atiende a lo que le digo...

Ella se llevó el vaso a los labios.

—¿Es que hay otro hombre? —la interpele, nervioso—. Si es así, dilo sinceramente. Ese fue nuestro acuerdo, poco antes de casarnos. Acordamos que, si un día, uno de nosotros dejaba de sentir amor por el otro, lo confesaría llanamente. Dime —repetí, con ansiedad—: ¿Hay otro hombre, Laura?

Mi esposa enarcó una ceja y canturreó algo entre dientes.

La miré, atónito. Debía estar mucho más borracha de lo que yo había calculado.

—Y un poquito de ron. ¡chu, chu, chuí! —gangueó Laura. Y me tendió el vaso para que se lo llenase.

Por supuesto, tenía más alcohol en el estómago del que podía soportar. Si bebía una sola gota más caería redonda al suelo o se pondría a vomitar.

Puse el vaso lejos de su alcance. Me sentía tan excitado, que las próximas palabras que salieran de mis labios tenían que ser necesariamente muy fuertes. Pero vi a mi esposa abatida y triste y súbitamente mi indignación se trocó en compasión.

No podía olvidar que me había mentido —jamás lo había hecho antes— y ello además de irritarme me preocupaba hondamente. Pero ahora, viéndola tan desvalida y decaída, dejé de lado los reproches y me incliné sobre ella con infinito amor.

La tomé de los brazos, la incorporé y susurré a su oído:

—Vamos, no es nada; te acompañaré hasta la cama. Tienes que

descansar ahora; dormirás unas horas y luego te sentirás bien.

Se dejó llevar como una niña. La dejé recostada en el lecho, le quité los zapatos y la arropé con gran delicadeza. Luego la besé en la frente y permanecí junto a ella unos minutos, hasta que oí su acompasada respiración.

Salí silenciosamente de la alcoba. Se había hecho de noche, por lo que salí al porche y llamé a Lauri.

—Siéntate ante la tele —le dije, mientras acariciaba sus cabellos, tan sedosos y finos como los de su madre—. Te traeré unos bocadillos, un trozo de tarta y una naranjada.

Fui a la cocina y preparé una bandeja con bocadillos para mi hija y para mí. Eché una ojeada a nuestra alcoba: Laura dormía con un leve ronquido de inquietud y murmuraba algo entre dientes que no pude comprender.

Poco después, Lauri y yo dábamos cuenta de los bocadillos. La niña me miró entre bocado y bocado y exclamó, espontáneamente:

—Mamá estaba un poco piripi, ¿verdad, papá?

No supe qué responder. Lauri no es una niña desvergonzada, pero sí muy despabilada y observadora. Su madre y yo la habíamos educado hasta entonces fácilmente, observando una regla tajante: que a los niños no debe mentírseles nunca.

—Sólo un poco mareada. Bebió un poco y debió sentarle mal, eso es todo. Mañana estará bien —le dije.

—Pero antes mamá no era una borracha, papá —insistió Lauri.

Me escandalicé, pero decidí no reprenderla.

—Por supuesto que no. Y ahora tampoco. Verás, algunas veces algo nos sienta mal. ¿Recuerdas cuando te atracaste de mermelada de fresas? Comiste demasiado y te pusiste enferma. Pues algo así es lo que le ha ocurrido a mamá, ¿comprendes?

—Sí, papá —respondió la niña gravemente.

Mordisqueé, sin ganas, un bocadillo. No podía apartar de mi mente la inapropiada conducta de mi esposa. Me había mentido. Y había esgrimido como motivo de su ausencia la necesidad de «desahogarme con alguien». Según ella, todo se debía al susto recibido la tarde anterior. Sin embargo, Laura jamás había sido una mujer asustadiza ni fácilmente impresionable. Por el contrario, había demostrado siempre tener una entereza de ánimo notable. Yo aún podía recordar la fortaleza que Laura había demostrado en aquella ocasión en que me herí profundamente un pie en la playa de Alicante. Una botella rota se clavó profundamente en la planta de mi pie izquierdo y salí del agua arrojando un impresionante chorro de sangre a través de la enorme herida. Ella me había tranquilizado con palabras

cariñosas y serenas, mientras me aplicaba un torniquete al muslo, sin impresionarse demasiado por la mancha rojiza que iba formándose rápidamente sobre la arena seca de la playa. Sin amilanarse en absoluto, —ella no sabía conducir—, atrajo la atención de las personas que estaban en la playa y consiguió que uno de los bañistas nos trasladase en su coche al hospital.

Tampoco había demostrado jamás una afición desmedida por el alcohol. Ciertamente que en el ambiente de su familia eran frecuentes los cócteles, pero Laura sólo bebía cuando tenía sed o en alguna celebración especial. Y nunca en exceso.

¿Qué estaba ocurriéndole ahora?

Durante los últimos días, apenas había atendido la casa, ni nos había atendido a mi hija y a mí. Desde una semana atrás, mi esposa había venido mostrándose melancólica, desganada y poco comunicativa. Y ésa no era su forma de conducta normal.

Los celos comenzaban a morderme.

—Está claro. Hay otro hombre. Quizá una aventura pasajera, quizá algo más trascendente —me dije.

Si era así, yo no estaba dispuesto a abandonar la lucha por las buenas. Me había costado mucho conseguir lo que tenía: nada menos que un hogar feliz, un buen empleo, amigos y una bien ganada respetabilidad.

Miraba de cuando en cuando a Lauri. Aunque pendiente de la pantalla del televisor, mi hija comía con excelente apetito, ajena por completo a mis tormentosos pensamientos.

Movido por la ternura, acaricié su mejilla y ella respondió besando mi mano derecha.

—¡Lucharemos por ella! —me dije, conmovido por el gesto de Lauri. Y seguí masticando, aunque sin experimentar el menor placer.

De vez en cuando, me incorporaba e iba a echar una ojeada a mi esposa. Ahora dormía profundamente, aunque con la respiración excesivamente agitada, consecuencia quizá del exceso de cigarrillos a los que no estaba habituada, pues apenas fumaba uno o dos cuando se sentía especialmente nerviosa o, en otras ocasiones, en alguna fiesta.

Cuando terminamos nuestra cena, lo recogí todo en una bandeja y fui a la cocina. Me quedé un poco triste al contemplar la vajilla sin fregar en el fregadero —las piezas que había usado la noche anterior— pero no me dejé ganar por el desaliento y volví junto a Lauri. Me serví un poco de whisky y hielo y encendí un cigarrillo, tras lo cual volví a sentarme al lado de mi hija.

No podía olvidar fácilmente la conversación telefónica mantenida con mi suegra, sus altisonantes palabras, sus reproches

—velados, al principio y descarados al final— y aquellas frases hirientes que aún resonaban en mis oídos:

«No, sí todavía serás capaz de defender al asaltante...» —Y luego —: «Lo que pienso es que mi hija jamás debió casarse con un hombre como usted».

A lo largo de nuestro matrimonio y con cierta frecuencia, Laura me venía echando en cara lo que ella llamaba mi «Premeditada falta de interés hacia su familia». Pero ¿cómo podía sentir interés una persona sencilla y normal hacia unas personas, que como los Barrantes, trataban siempre, y descaradamente, de dejar bien sentada su superioridad en todos los órdenes?

Estaba pensando en todo esto, cuando Lauri tocó mi brazo de forma acuciante y exclamó:

—¡Papá, está sonando el teléfono!

Me alcé del diván y crucé la habitación hacia la esquinera donde estaba el teléfono. Lo alcé y murmuré un desorientado:

—Sí, diga.

—Inspector Viniegra al habla. ¿Es el domicilio del señor Quiroga?

—Soy yo mismo, Jorge. ¿Qué hay de nuevo? ¿Alguna noticia en relación con mi denuncia? —pregunté con voz silente.

—Sí y... no. Bueno, mira, el informe pasó a los auto patrullas y a los agentes de vigilancia e incluso a la Policía Municipal. Tengo aquí algunas notas. No hay rastro de ese individuo que tú me describiste —explicó el policía—. Nadie, en el barrio, ha visto a lo largo de los últimos días a un tipo de esas características. El barrio está absolutamente tranquilo. No hay vagabundos, ni siquiera pordioseros...

—Bien... No sé qué pensar —respondí, confuso—. Quizá más adelante...

—Es posible —el tono de Viniegra era pesimista—. En realidad, no te llamo sólo por eso, sino por otra denuncia.

—¿Una denuncia, otra denuncia? ¿Contra quién?

—Contra tu esposa —especificó el inspector Viniegra.

La sorpresa me impidió hablar inmediatamente. Las sienas comenzaron a latirme dolorosamente.

—¿Contra mi esposa? —recalqué, incrédulo—. No es posible.

—Tengo sobre mi mesa una copia del informe de los agentes de uno de los coches patrulla, aunque la reclamación no ha sido depositada en la comisaría de La Selva, sino en la del distrito de Alvarado. Acabo de recibir una comunicación verbal del comisario Losada. Me ha pedido que esclarezca este asunto y procure echarle una mano.

Me mordí los labios, inquieto y asombrado.

El comisario Estanislao Losada había sido mi profesor en la Academia de Policía y, posteriormente, mi padrino de boda. Era, además, el primer amigo que tuve en la populosa ciudad donde vivíamos.

—Bien, ¿qué tienes que decirme? —pregunté, tristemente, a Jorge Viniegra.

Oí su carraspeo nervioso. Y luego:

—La denuncia ha sido formulada por Amalio Lucas, propietario del Arcadia Club, sito en la calle Amadores, número veintiocho. Dice que una mujer joven penetró hacia el medio día en su establecimiento, que se sentó en una mesa y pidió que le sirvieran un whisky con hielo. Bebió exactamente tres whiskys en poco más de media hora. Hacia las tres, la mujer abandonó la mesa y fue a los servicios, pero perdió el equilibrio y se cayó en el pasillo, de donde la levantaron dos camareros. La mujer comenzó a escandalizar y a insultar a los empleados que la habían ayudado. Revolviéndose ferozmente, golpeó a los empleados y exigió la presencia del dueño...

No podía creerlo. ¡Mi delicada y elegante Laura, protagonista de un grosero escándalo!

Pero Viniegra seguía relatando los hechos:

—El señor Lucas, propietario del club, intentó tranquilizarla con buenas palabras y la invitó a pasar a su despacho, ante cuya propuesta tu esposa se desató en insultos soeces, que dirigió también a los empleados e incluso a los clientes que presenciaban el incidente. Desde la barra, exigió que le sirvieran un nuevo whisky, pero ante la negación del barman, tu esposa armó la marimorena, lanzando contra las estanterías cuantos objetos halló en el mostrador. El propietario del local, ante la violenta actitud de aquella cliente, optó por telefonear a la policía. Sin embargo, antes de que llegasen los agentes de un coche patrulla, tu esposa escapó del Arcadia Club.

—¡Increíble! —murmuré, atónito—. Laura es una señora. Pondría mi mano en el fuego por ella. Me resulta imposible aceptar que...

Callé, abrumado. El inspector Viniegra respetó mi silencio.

—Dime una cosa, Jorge.

—¿Sí?

—¿Estáis seguros de que se trataba de *mi* esposa? —formulé, abrigando aún la esperanza de que todo se debiese a un diabólico error.

—Absolutamente seguros —respondió el policía—. Tu esposa huyó tan precipitadamente, al advertir que el propietario llamaba a la policía, que olvidó su bolso. Dentro estaban sus documentos. Lo siento, Quiroga: la persona que promovió aquel escándalo era Laura Barrantes.

Tardé unos minutos en reaccionar. Por el rabillo del ojo, miré en dirección a mi hija. Por fortuna, el sueño había rendido a Lauri y la niña dormía dulcemente, recostada en el brazo del diván.

«Tanto mejor», pensé, exhalando un profundo suspiro.

Y dije al inspector Viniegra:

—Imagino que la denuncia contra mi esposa seguirá su curso...

—El comisario Losada y yo hemos gestionado un arreglo que espero sea de tu agrado. He hablado con Amalio Lucas. Le hemos convencido de que la mujer que armó el estropicio en su club sufrió un desequilibrio nervioso transitorio. Resumiendo: el hombre está dispuesto a retirar su denuncia a cambio de una compensación económica. También exige una satisfacción personal. ¿Qué te parece?

Reflexioné brevemente.

—Estoy de acuerdo. Iré a visitar al señor Lucas mañana mismo y llegaremos a un acuerdo sobre la indemnización. En cuanto a vosotros... No sé cómo agradeceróslo a ti y al comisario Losada. Hubiera sido terrible que Laura se viera obligada a comparecer ante un juez. ¡No sé qué ha podido ocurrirle! ¡Es algo tan fuera de lugar...! —me lamenté.

—Lo siento de veras, Quiroga. Yo también me sorprendí mucho cuando recibí la llamada del comisario Losada. Me resistía a creer que tu esposa... Bueno, ya sabes que seguimos estimándote tanto como cuando éramos compañeros. No debes preocuparte en absoluto. Creo que todo se arreglará satisfactoriamente —respondió Viniegra con toda la cordialidad del mundo.

Volví a darle las gracias y poco después nos despedíamos.

Quedé un momento absorto, la mano derecha apoyada sobre el auricular del teléfono y la mirada perdida en un punto remoto de la pared frontera.

Por unos instantes me dominó la angustia. Luego escuché la respiración leve de Lauri y reaccioné.

Tomé a la niña en brazos y la llevé a la cama. Luego me asomé a la puerta de nuestra alcoba y contemplé a mi esposa, dormida.

—¡Laura, Laura! —susurré, conmovido—. ¿Qué horrible desgracia ha venido a perturbar nuestras vidas?

Volví al salón y pasé de un extremo a otro. Me esforzaba en meditar serenamente. Necesitaba hallar una explicación al embrollo que inquietaba mi cerebro.

Vertí un poco de whisky y bebí con avidez. Luego me dejé caer en el diván y pensé en Laura.

La había conocido ocho años atrás. Fue aquel día que la saqué de una tumultuosa manifestación política. Laura permanecía atrapada en el interior de su Morris Mini rojo y los manifestantes

pugnaban por volcar el pequeño vehículo.

No sé cómo logré sacarla de aquel lugar, pero a partir de aquel momento se estableció entre nosotros una corriente de simpatía que poco después se convirtió en apasionado amor.

Cuando supe que sus padres eran millonarios me sentí defraudado. Yo apenas era un simple estudiante, sin recursos, que debía trabajar duro para sufragar mis estudios.

Finalmente, decidí separarme de Laura, pero ella me telefoneaba constantemente. Podría afirmarse que me perseguía. Finalmente, sucumbí.

—Tenemos que casarnos. Como sea. Aunque imagino que tus padres se opondrán.

No me equivoqué. Los Barrantes lucharon con todos sus recursos contra mí. Un día su padre llegó a ofrecerme una crecida cantidad de dinero y un magnífico empleo en Venezuela, si accedía a abandonar a Laura.

Inmediatamente informé a mi novia de aquel asunto. Ella se indignó y les amenazó con huir de casa para siempre.

Finalmente, los Barrantes cedieron, aunque dejaron bien patente su desagrado por aquella unión.

A la madre de Laura nunca le gusté. En nuestras escasas entrevistas previas a la boda, la señora Barrantes se mostró distante, reticente y antipática.

—Le confieso. Alberto, que mis pretensiones respecto al futuro marido de Laura eran muy diferentes —recalcó, altiva, en varias ocasiones.

CAPITULO V

Desperté a las ocho de la mañana, torpe y envarado. Me hubiera gustado irme a la cama y dormir junto a Laura doce horas seguidas. Pero había que continuar: ducharme, afeitarme, preparar el desayuno para mi hija. Seguir funcionando por encima de todo.

Fui a echar una ojeada a la alcoba. Laura se había desarropado y dormía profundamente hecha un ovillo, encogida en posición fetal.

«Tendremos que poner en claro algunas cosas», pensé con amargura. Luego me acerqué al lecho, arrojé a mi esposa y la besé con ternura. No se movió.

Dejé que mi hija durmiera hasta las ocho y media y luego la desperté con un beso. Lauri se abrazó a mi cuello y me devolvió la caricia. Busqué sus ropas del colegio en el armario, la ayudé a vestirse y fui a la cocina.

Nos desayunamos allí mismo: Lauri dijo de pronto:

—Mis periquitos han huido, papá.

—¿Cómo?

—Los periquitos que me regalaste, papá. Me he asomado a la terraza: la jaula está vacía. ¿Cómo pudo ocurrir, papá?

La niña me observaba con atención.

—No lo sé, hija. Quizá alguien se apiadó de ellos y decidió ponerlos en libertad. ¿Recuerdas lo que dijiste el día que los traje? «¡Pobrecitos! —comentaste—. ¡Deben sentirse tan tristes, encerrados...!»

Lauri me estaba mirando con los ojos brillantes de emoción.

Me tomó la mano e inquirió:

—Entonces, ¿fuiste tú, papá? ¿Fuiste tú quien les abrió la jaula y les permitió volar?

Tenía una expresión entre expectante y jubilosa.

Desvié la mirada al responder elusivamente:

—¡Quién sabe! Tal vez lo hice, aunque... quizá temía que tú te disgustaras.

—¡Tonto! Ya sabes que me gustan los pájaros, pero prefiero verlos volar libremente y escuchar sus alegres trinos en el jardín. Oye, papá, ¿tú crees que mis periquitos se quedarán en el jardín? —planteó Lauri, profundamente interesada.

—Es posible. Tal vez los veas revolotear entre las ramas un día cualquiera de éstos —respondí, evitando mirarla a los ojos.

Lauri terminó su desayuno alegremente.

—¿Está mejor mamá? —preguntó, mientras introducía el ingente montón de textos y cuadernos escolares en su enorme cartera.

—Sí, pero ahora duermes. Quédate tranquila: la encontrarás perfectamente cuando vuelvas esta tarde.

—Entonces, ¿nos vamos?

Antes de marchar, penetró en la alcoba. Laura seguía dormida. Sin movimientos bruscos, me incliné y rocé su rostro con mis dedos en una caricia leve.

—Laura.

—¿Mmmm?

—¿Te encuentras bien?

—Horriblemente —murmuró—. Por favor, déjame dormir. Me siento fatal. Necesito descansar.

Había dormido profundamente durante diez horas seguidas, pero aún necesitaba descansar para recuperarse de la movida jornada anterior.

—Muy bien, duerme cuanto quieras. Y no te preocupes de nada. Pero, te lo ruego, no te muevas de aquí hasta que yo vuelva a mediodía. ¿Me lo prometes?

—Pro me ti do —murmuró ella, volviendo a sumergirse en la somnolencia. Un momento después volví a rozar su rostro con mis dedos, pero Laura no respondió: estaba profundamente dormida. Todavía permanecí allí durante unos minutos, contemplándola con una tristeza indefinible. Luego salí de la habitación, tomé a Lauri de las manos y abandonamos la casa.

Tras dejar a la niña en su colegio, me trasladé a mi empresa. A las once, cuando había organizado la mayor parte de los servicios de la jornada, hice una llamada telefónica a mi casa.

El teléfono zumbó varias veces, pero nadie lo recogió: mi esposa debía dormir profundamente aún. Muy profundamente, para no oír el persistente y molesto sonido del teléfono.

Luego consulté la guía y encontré el número del Arcadia Club, en la calle Amadores número veintiocho.

—¿El señor Lucas?

—Sí, soy yo. ¿Quién habla?

Tuve que aclararme la voz con un carraspeo.

—Escuche, soy el esposo de Laura Barrantes. Es acerca de ese incidente que protagonizó mi esposa ayer.

Sucedió una pausa. Luego volvió a sonar la voz del propietario del Arcadia Club.

—Ah, ya. Así que usted es el esposo de esa...

—Sí, yo soy —repetí, irritado—. Le llamo para ofrecerle mis excusas y para acordar una cita con usted para arreglar este asunto. ¿Le parece bien hacia las dos de la tarde?

—Sí, me parece muy bien. Lo estaré esperando, señor Barrantes —respondió mi interlocutor.

Apenas acababa de colgar cuando sonó el intercomunicador de mi mesa de despacho.

—¿Quiere venir un momento a mi despacho, Alberto? —resonó, amable, la voz de mi jefe, el señor Lasa—. Tengo aquí a alguien muy interesado en saludarle. Seguro que será una sorpresa agradable para usted.

Me alcé de mi sillón, muy intrigado. ¿Cuál sería la visita que me aguardaba en el despacho de mi jefe?

Lo reconocí inmediatamente, aunque se encontraba de espaldas a la puerta de entrada: era mi suegro, Alonso Barrantes. Vestía un elegante traje gris a rayas y como siempre su aspecto era impecable. Aunque su cintura había crecido varios centímetros en los últimos años, su estatura —y la sabia elección de su vestimenta por parte de su sagaz sastre— le permitía seguir ofreciendo una silueta alta y elegante.

A pesar de todo lo cual, no me sentí muy complacido.

Mi suegro se había puesto en pie y me tendía amablemente la mano, que estreché sin convicción. Percibí que sus ojos oscuros y duros, tan distintos de los de Laura, se empequeñecían al observarme con atención.

—Un descuido imperdonable, Alberto —me dirigía la palabra el señor Lasa—. ¿Cómo no me habló de su parentesco con el señor Barrantes, uno de los más importantes usuarios de nuestros servicios? Me hubiera gustado mucho saber que usted es el yerno del señor Barrantes, un importantísimo y respetado nombre en los negocios y las finanzas.

—Verdaderamente, no puedo negar que el señor Barrantes es mi suegro —respondí con ironía sutil—. Pero no me pareció ético invocar tal parentesco cuando, hace tres años, entré a trabajar en su empresa, señor Lasa.

Mi jefe asintió, sonriente.

—Un hombre discreto y nada presuntuoso, mi nuevo jefe de servicios técnicos, ¿no le parece, señor Barrantes? —comentó, satisfecho—. Sinceramente, estoy orgulloso de contar con un hombre tan joven y eficaz en mi empresa. Por cierto, señor Barrantes, ¿le gustaría conocer nuestras instalaciones? Alberto estará encantado de mostrárselas, ¿verdad?

—Desde luego —respondí cortésmente, más por contentar a mi jefe que a mi suegro.

—¡Vayan, vayan! —nos animó Lasa—. Le estaré esperando en mi despacho, señor Barrantes.

Abandonamos el despacho y mostré a mi suegro nuestra sofisticada y ultramoderna central de comunicaciones, dotada de potentes emisoras de radio, instalaciones de televisión en circuito

cerrado para vigilancia de locales, computadoras, etcétera.

Alonso Barrantes asentía, distraído, a mis explicaciones técnicas. Después le llevé a los garajes para enseñarle nuestra flota de vehículos blindados.

Aprovechando que estábamos solos, mi suegro me detuvo asiéndome por un brazo.

Me miraba fijamente cuando dijo:

—No he venido aquí a visitar a tu jefe, ni a conocer vuestras instalaciones.

—¿Qué objeto tiene su visita, entonces?

—La disculpa fue renovar la contratación de servicios con tu empresa, pero en realidad sólo quería hablar contigo —confesó.

—Muy bien. ¿Qué es lo que tiene que decirme? —inquirí amable pero fríamente.

Me miró de hito en hito, como estudiándome. Y de pronto disparó:

—Alberto, ¿qué le estás haciendo a mi hija?

Su voz tenía trémolos autoritarios y su expresión rígida denotaba impaciencia.

—¿Qué le estoy haciendo a su hija? —repetí, perplejo.

Alonso Barrantes se alisó con un gesto mecánico sus plateadas sienes. Los canosos aladares le conferían el aspecto de galán otoñal del que tanto se enorgullecía.

—Vamos, no disimules conmigo —clamó, nervioso—. Indudablemente, tú tienes una querida o algo semejante. ¿Cómo se dice ahora? Un ligue, eso es.

—¿Está loco? —respondí, indignado—. Yo quiero a Laura. Y la respeto demasiado para ofenderla con una aventura extraconyugal.

Sus ojos oscuros me taladraban, como si tratara de penetrar mi cerebro.

—No me mientas, Alberto. Algo va mal entre vosotros, es evidente. Mira —me tomó por un brazo y me impulsó a seguir paseando entre las hileras de inmóviles vehículos—, tú sabes que a nosotros no nos sentó bien la elección de Laura. Confieso que eres un hombre animoso y trabajador que ha sabido luchar duro y está consiguiendo una posición social ascendente. Pero nosotros no te teníamos simpatía, porque deseábamos algo mejor para nuestra hija. Ya sabes que ella es la niña de nuestros ojos, aunque mis dos hijos varones nos hayan dado muchas satisfacciones. Pues bien: de todas formas, hemos estado rezando para que lo vuestro marchara. Sin embargo, está claro que Laura y tú no vais bien. Hay algo entre vosotros. ¿Por qué no quieres ser sincero conmigo? Dímelo de hombre a hombre. Puedes estar seguro de

que todo se arreglará. Tu conducta para con nosotros dice bien claramente que no ibas buscando mi dinero o una posición social elevada cuando te casaste con mi hija. Así, pues, si quieres a otra mujer, dilo. Para Laura sería muy duro, pero nosotros conseguiríamos, con nuestra comprensión, nuestro amor y nuestro aliento, que ella pasase cuanto antes el mal trago. Porque sería estúpido decir que ella no te quiere.

Le había escuchado con toda la paciencia del mundo, pero yo empezaba a rozar mi «techo» de cortesía, comprensión y buenas costumbres.

—Sinceramente, no sé adónde va a parar. Lo único que intuyo, señor Barrantes, es que ustedes se sentirían muy satisfechos si Laura y yo llegásemos a separarnos, ¿no es cierto? —planteé con la mayor sinceridad.

Mi suegro acusó el golpe. Apenas con un ligero parpadeo, pero lo suficiente para comprender que yo había dado en el clavo.

—Bien, puestas las cosas así, te diré que queremos lo mejor para Laura. Y, en nuestra opinión, tú no eres lo mejor, Alberto. Hace diez o quince años, ni siquiera se me hubiera pasado por la mente la posibilidad de que os separarais. Pero actualmente soplan vientos muy distintos. Ha habido cambios sociales profundos. Tan profundos que ni siquiera el matrimonio es sagrado, como antes. Ahora no está mal visto que la gente se divorcie, y el divorcio está ahí, a la disposición del que lo desee. Vosotros podríais divorciaros, organizar vuestras vidas por separado, ser felices nuevamente, cada cual por su lado —respondió con toda crudeza.

Yo me sentía indignado, pero aún poseía el control de mis sentimientos.

—Todo esto es absurdo —respondí—. Yo quiero a Laura como el primer día y ella me quiere a mí. Me gustaría saber de dónde se ha sacado que yo mantenga una relación sentimental con otra persona.

—No lo sé. Pero ¿qué otra cosa podría perturbar a mi hija de ese modo? Escucha, Alberto: hace algunas semanas que Laura no es la misma. Su alegría, su entusiasmo, su ansia de vivir han desaparecido. Hace media hora, mi esposa y yo hemos visitado a Laura en vuestra casa. Laura está muy desmejorada. La hemos encontrado en la cama, la casa descuidada, todo en desorden. Ella parecía muy torpe y embotada. Todo eso...

No tenía otra salida que explicarle las cosas con sinceridad. Le hablé del incidente que Laura había protagonizado la tarde anterior en el Arcadia Club

Para mi sorpresa, Alonso Barrantes no pareció asombrado ni

escandalizado.

—Todo eso sólo viene a corroborar que hay algo que perturba profundamente a mi hija, Alberto —declaró.

—Y, necesariamente, el culpable de su perturbación debo ser yo. ¿verdad? —clamé, encolerizado.

Mi suegro parpadeó, desconcertado.

—¿Qué otra persona podría influir en ella hasta anular su personalidad? —respondió desafiante.

Su actitud provocó mi ironía.

—¿No se ha detenido a pensar que su extraña conducta de los últimos días puede ser el resultado de un desequilibrio nervioso, de una perturbación de origen meramente físico? —le pregunté.

Inmediatamente se sintió indignado.

—¡Ah, no! Naturalmente que no creo tal cosa. Mi hija ha estado siempre tan sana como una pera. Si sus nervios están rotos, la causa de su alteración tiene que ser necesariamente otra —respondió mi suegro.

Así eran todos los Barrantes, a excepción de Laura. Para ellos, si algo marchaba mal, la culpa era necesariamente de alguien ajenos por completo a ellos mismos.

—Laura está mal a ojos vistas —continuó diciendo—. Es posible que hayáis tenido alguna discusión, algún roce que la ha disgustado particularmente. Debe ser algo que la haya calado muy hondo. Y ya sabes lo sensible que es mi hija. Ella necesita cuidados, comprensión, incluso mimo. Tal vez, cambiando de ambiente por una temporada...

—¿Qué quiere decir? —me apresté a la defensa.

—Mira, Alberto: yo tengo que hacer un viaje de negocios por Europa dentro de unos días. Pienso llevarme a mi esposa, pues el viaje será largo, no inferior a un mes. Podríamos llevarnos con nosotros a Laura. Estoy seguro que un cambio de aires obraría positivamente en ella. Si, cuando regresemos, ella ha recuperado su equilibrio emocional, no tendré ningún inconveniente en que continuéis haciendo vuestra vida en común

Me detuve bruscamente. Mi indignación era tan intensa que mi rostro debió enrojecer.

—¡Es inaudito! —estallé—. Pero ¿quién es usted para organizar nuestra vida? Y dígame, suponiendo que yo accediese a que Laura participase en ese viaje, ¿qué iba a ser de mi hija?

—Naturalmente, mi nieta vendría con nosotros —respondió mi suegro con la mayor sangre fría.

Es decir: quería robarme a todo lo que yo más amaba, con la disculpa de que mi esposa mejoraría sustancialmente en cuanto fuera apartada de mi lado. Parecía muy claro que Alonso

Barrantes seguía en sus trece de que únicamente yo era la causa de la extravagante conducta de mi esposa.

Me negué en redondo.

—No. Laura continuará a mi lado. Yo soy su esposo y me ocuparé de su salud. Probablemente se tratará de un malestar pasajero. Todas las parejas atraviesan momentos delicados, aunque no alcanzo a vislumbrar ningún motivo plausible que explique su estado actual. Si está enferma, yo me ocuparé de que se cure. Convénzase: el lugar de Laura está junto a mí y junto a nuestra hija.

Por primera vez desde que nos conocíamos. Alonso Barrantes perdió la compostura. Su rostro se crispó y sus ojos oscuros lanzaron chispitas peligrosas.

—¿Estás desafiándome, muerto de hambre? Por alguna extraña concatenación de desgraciados episodios, tú conseguiste llevarte a mi hija. Pero no me desafíes. Alberto Quiroga. Para mí, no tienes mucho mayor valor que una chinche para un mastodonte. Me sería muy fácil anularte, hundirte, arruinarte...

—Ah, ¿sí? —exclamé sarcástico.

—Tan fácil como aplastar a un gusano. Escucha, estúpido insensato: Laura te admira sobre todo por tu constancia, por tu capacidad de trabajo, por tus éxitos profesionales, porque has conseguido un cierto bienestar para ti y tu familia, ¿no es cierto? Pues reflexiona. Sólo un dato, fíjate: la factura anual que pagamos a la Empresa Lasa asciende a cincuenta millones de pesetas...

Un escalofrío recorrió mi cintura y ascendió por mi espina dorsal. Adivinaba a dónde iba a parar mi suegro. Y me lo dijo, sin ambages:

—Bastaría con que amenazara a tu jefe con la cancelación de nuestros contratos, para que Lasa te diera un aviso. Y de ahí en adelante sólo me faltaría pronunciar una palabra para que te vieras de patitas en la calle en seguida. Métetelo en la cabeza, Alberto Quiroga.

CAPITULO VI

El Arcadia Club era un discreto y elegante local situado en una calle de escaso tránsito. Se accedía al club descendiendo siete peldaños de blanda moqueta de lana, flanqueados por dos bellas barandas de artístico metal dorado. La decoración era selecta en tonos grises y rojos y todo tenía un sello de calidad y distinción.

A las dos de la tarde la clientela no era muy numerosa: unas cuantas parejas elegantes ocupaban unas mesitas situadas en un plano superior y un grupo de cinco caballeros con aspecto de ejecutivos de alto nivel departían amablemente en la barra. Según deduje, la clientela era tan selecta como la decoración y el mobiliario del local.

Yo también me acerqué a la barra y un camarero me atendió amablemente. Pedí un martini seco y cuando estuve paladeándolo pregunté si podía entrevistarme con el propietario del negocio.

El camarero me miró con atención durante unos segundos.

—Usted debe ser el señor Quiroga —dijo apreciativamente.

—Sí, soy Alberto Quiroga —asentí, con cierta incomodidad, pues imaginé que aquel empleado sabía ya que yo era el esposo de la mujer que la tarde anterior había promovido un regular escándalo en aquel mismo lugar.

Sin embargo, no advertí asomo de ironía ni censura en la expresión del camarero cuando dijo:

—El señor Lucas le está esperando. Su despacho está detrás de aquella puerta, en el pasillo, señalada con la palabra «PRIVADO». Puede entrar cuando quiera, señor Quiroga.

Le agradecí su amabilidad con un gesto y una propina discreta. Pocos minutos después llamaba al despacho del propietario, un hombre de unos cincuenta años, moreno, de facciones fuertes, bien vestido, que me invitó a sentarme al otro lado de su lujoso bureau estilo castellano.

Me sentí observado por su mirada penetrante, inquisitiva, pero conseguí mantener una actitud digna y relajada.

—Bien, ya sabe a qué he venido, señor Lucas. Le agradezco que se haya avenido a arreglar este asunto en privado y le presento mis excusas por la actitud de mi esposa. Creo que no puedo explicármelo aún. Ella jamás suele abusar de la bebida y, por lo demás, es una mujer educada y discreta —le expliqué.

—Verdaderamente, su aspecto era el de una dama —admitió mi interlocutor—. Lo que sucedió después no estaba de acuerdo, en absoluto, con su apariencia exterior. Le confieso que... ejem... nos sorprendió a todos.

—Lo comprendo —quise ir rápidamente al grano—. Y, por supuesto, estoy dispuesto a indemnizarlo. Tenga, por tanto, la

bondad de decirme la cantidad que debo abonarle.

Lucas extrajo unos documentos de un cajón, que me mostró en seguida. Era una copia del atestado incoado por la policía, en el que se relacionaban los desperfectos y quebrantos llevados a cabo por mi esposa.

—Confieso que, al principio, estaba decidido a ejercer todas las acciones legales posibles, pero está claro que usted tiene muchos amigos, los cuales han intercedido por usted y su esposa, señor Quiroga. Ahora sé quién es usted y estoy bien inclinado a moderar mi primer impulso. Le diré que incluso voy a cobrarle lo que su esposa rompió a precio de coste. Como verá, la suma asciende apenas a cuarenta mil pesetas —declaró con voz comedida.

Aquel hombre no estaba tratando de serme simpático, era evidente. Sólo trataba de ser justo.

—Muy bien, estoy de acuerdo. Le extenderé un cheque. Después, le ruego entregue a sus empleados, en mi nombre, un pequeño regalo. Con mis excusas.

Rellené un cheque por cuarenta mil pesetas y otro talón por quince mil. En realidad, había temido que la indemnización a pagar sería mucho más elevada, por lo que me sentía satisfecho a este respecto.

Lucas tomó los dos talones, les echó una ojeada y los dejó sobre la mesa.

—Perfectamente, todo arreglado. Y, de veras, celebro que todo se haya resuelto entre nosotros. No cabe duda de que es usted un caballero, señor Quiroga. Entregaré su regalo a los empleados —dijo.

Luego, vacilando, añadió:

—¿Puedo invitarlo a una copa?

—Gracias, pero tengo que almorzar aún y dispongo de poco tiempo. Sin embargo, me gustaría hacerle una pregunta personal.

—Diga.

—Mi esposa... ¿vino aquí sola?

Lucas pareció sorprenderse un tanto.

—Sí, por supuesto, vino sola. Aunque parecía un poco, ya sabe, bebida. En realidad, a veces tenemos clientes así. Y solemos mostrarnos amables a menos que provoquen un escándalo o algún altercado. Pero comprendí que algo iba mal cuando ella... Bueno, cuando comenzó a... a aligerarse de ropa —respondió.

Al oír aquello, me agité de un brinco sobre el sillón.

—¿Quiere decir que... intentó desnudarse?

—Lo hubiera conseguido de no impedírselo dos de mis empleados. Entonces se puso fuera de sí y comenzó a insultar a

todos, incluidos los clientes. Hice venir apresuradamente a la señora que se cuida de los servicios y la buena mujer consiguió taparla lo suficiente para evitar un escándalo aún mayor. Luego se dejó caer sobre una silla y comenzó a canturrear algo así como: «Y un poquito de ron... ¡chu, chu, chu!». A juzgar por su aspecto, yo diría que estaba drogada.

—¿Drogada?

—Eso me pareció, señor Quiroga —replicó el propietario del club. Muy turbado, le di las gracias y me puse en pie, dispuesto a marcharme.

Antes de que abandonase su despacho, Lucas dijo:

—Según usted, su esposa no bebe habitualmente...

—Sí. Absolutamente cierto —afirmé.

—En tal caso, yo le aconsejaría que tratase de averiguar si últimamente se ha aficionado a las drogas. O quizá hacerla examinar por un psiquiatra. Créame, señor Quiroga, la actitud de su esposa era desproporcionada. A mí llegó a asustarme cuando, mirándome fijamente, bramó: «¡Te mataré, cerdo baboso!»

Lucas tragó saliva y añadió:

—Se lo juro, parecía muy capaz de cumplir su amenaza.

* * *

Cuando llegué a casa eran las dos y veinte.

Llevé el coche directamente hasta el pequeño garaje situado en la fachada posterior, pues a partir de entonces sólo utilizaría mi «Renault 5» para mi uso privado.

—Le he asignado un automóvil de la empresa, Alberto —me había sorprendido el señor Lasa aquella mañana—. Para sus relaciones con nuestros clientes, necesita un coche de mayor empaque y representación. A partir de hoy, utilizará constantemente un «Mercedes» deportivo de nuestro parque. Uno de nuestros empleados le llevará el coche a casa.

Y allí estaba el soberbio automóvil deportivo de color azul metalizado, aparcado ante nuestro chalet de la avenida de los Olmos.

Mentiría si dijese que no me gustaba aquel lujoso automóvil. Como el señor Lasa había comentado, el «Mercedes» deportivo cuadraba perfectamente con mi apariencia, todavía juvenil y mi aire de joven ejecutivo.

Sin embargo, aunque en principio me sentía satisfecho de la deferencia del señor Lasa, una sospecha me reconcomía interiormente. Mi jefe había tomado aquella decisión después de entrevistarse con Alonso Barrantes. ¿No habría influido mi suegro en la decisión de mi jefe a la hora de asignarme un automóvil de cuatro millones de pesetas?

Al pasar ante la puerta cristalera de la cocina me pareció entrever una figura femenina en bata de estar por casa. El corazón me dio un vuelvo. ¿Sería Laura? Si era ella, esto sólo podía significar que mi esposa había reaccionado positivamente y de nuevo se hacía cargo de las tareas domésticas.

No era Laura, según pude comprobar después de dejar mi coche en el garaje. Era Juana, la joven doncella de mis suegros.

Al penetrar en la cocina, mi nariz se impregnó del fragante aroma de algo que se cocía en una olla.

—Buenos días, Juana. ¿Qué haces tú aquí?

—Doña Elvira me envió a ayudar a su esposa. No sabía que se encontrase indispuesta, señor Quiroga. Lo siento de veras.

—Gracias, Juana. Pero no era necesario que vinieras. Yo puedo encargarme de todo —dije, entre sorprendido y disgustado por la iniciativa de mi suegra.

Juana dejó escapar una risita.

—¡Los hombres no saben hacerse cargo de una casa! Seguro que ha estado comiendo bocadillos durante estos días —comentó, risueña.

Era cierto. Tan cierto como que el aroma que emanaba de las ollas y cacerolas excitó inmediatamente mi apetito. Juana estaba preparando *una verdadera comida*, como ella misma dijo.

Pasé adentro y oí unas risas.

Me detuve en seco. A juzgar por la conversación de Juana, suponía que Laura seguía indispuesta y que, probablemente, aún se encontraba en la cama. Pero la alegre carcajada que acababa de oír me resultaba inconfundible: era Laura quien reía con toda su alma.

Un hormigueo de placer recorrió todo mi cuerpo. Verdaderamente, aquella tarde yo llegaba a casa con la decidida intención de hablar largo y tendido con mi esposa. Me había propuesto aclarar muchas cosas, aunque procurando crear un clima distendido y comprensivo.

Hacía mucho tiempo que no oía reír a Laura con tantas ganas, con tan sincera jovialidad.

«¡Por fin! Aunque no pueda comprenderlo, algo la ha hecho reaccionar —pensé, jubiloso—. No importa el motivo. Lo único que cuenta es que Laura vuelva a ser ella misma.»

Había visita, aunque por fortuna, no se trataba de mi suegra, sino de dos de sus antiguas amigas. Una era Clara Fortes, la esposa de un prestigioso político. La otra, muy elegante y distinguida —¡quién lo hubiera dicho!—, era Tony Benegas, la pelirroja y pecosa zanquilarga que yo había conocido en el campus de la Universidad.

Al principio, no conocí a Tony. La espigada pelirroja con gafas se había convertido en una magnífica mujer, en una belleza madura y exquisita. Habían desaparecido sus trenzas, sus pecas y sus gafas y su silueta zanquilarga y amorfa se había transformado en un cuerpo esbelto de mujer, maduro y atrayente.

Tony advirtió mi perplejidad y se acercó en seguida a mí, ofreciéndome su mano.

—¿Es que no me reconoces, Rockhudson? ¡Soy el correo del Zar! —exclamó, tan burlona y chispeante como siempre.

Reíamos todos, de excelente humor. Después de saludar a sus amigas, me incliné sobre Laura —que ofrecía un aspecto fresco y lozano— y la besé en la mejilla. Su respuesta no fue muy efusiva: sus labios apenas rozaron mi mejilla después de pronunciar un distraído «¿qué tal, Alberto?».

Estaban tomando un aperitivo y me senté con ellas. Durante unos minutos, logré atraer la atención de Clara y de Tony, pero en seguida mi mujer desvió la conversación hacia lo que verdaderamente parecía entusiasmarla: sus tiempos de estudiante universitaria.

Según supe después, las amigas de Laura habían llegado una hora después de que mi suegra se marchara. Se quedarían a almorzar con nosotros: Laura las había invitado.

Mientras las oía charlar animadamente, yo observaba a Laura con tremenda ansiedad. Ella llevaba la voz cantante en la conversación, hablaba sin cesar, se mostraba vivaz e inteligente, encantadora, y sus ojos tenían un brillo de entusiasmo.

—Es el reencuentro de sus íntimas amigas, lo que la hace revivir —me dije, con un poco de amargura.

Poco después, Juana vino a avisar que la comida estaba lista.

Laura no se movió de su asiento. Entre la doncella y yo, preparamos la apartada mesa de comedor. La conducta de mi esposa era atípica: antes, jamás hubiera permitido que alguien la reemplazase en lo que ella llamaba «los deberes de una buena ama de casa». Ahora, parecía por completo ajena a todo lo que no fuese sus amigas y la animada charla que seguían manteniendo sin parar.

Durante el almuerzo, hice todo lo posible por participar en aquella conversación. Pero Laura apenas me prestaba atención, por lo que decidí mantenerme al margen, aunque me sintiera dolido por su extraña actitud.

Mientras tomábamos café y coñac, Tony Benegas, hizo un comentario acerca de sus proyectos para aquella tarde.

—Vamos a arrebatarte a Laura por unas horas. Hay un desfile de modelos a las cinco de la tarde en el hotel Cosmopolitan.

Después iremos a jugar al tenis al Club de Campo. No te alarmes si tardamos un poco en volver, Alberto. Es muy posible que asistamos al estreno de la nueva obra de Gala en el Paladium. Tal vez regresemos un poco tarde, pero no te preocupes: te devolveremos a tu esposa intacta —dijo.

Tuve que disimular mi decepción.

Era viernes y aquella tarde, Lauri y yo regresaríamos una hora antes a casa. A la vista de la excelente actitud de mi esposa, había acariciado la esperanza de que esa tarde ambos podríamos hablar tranquilamente en casa.

Me resigné, sin embargo. Laura parecía muy contenta y entusiasmada con sus amigas. Más valía así.

Cerca ya de las cuatro de la tarde, les dije que, puesto que se disponían a trasladarse al centro de la ciudad, yo podría llevarlas en el coche que mi empresa acababa de poner a mi disposición.

—¡Estupendo! —aclamó Tony—, Así nos ahorraremos esperar un taxi.

Laura se alzó de su silla, dispuesta a vestirse. Mientras Clara conectaba la televisión. Tony me tomó por un brazo y me llevó aparte. Sus miopes ojos violeta me miraron con suspicacia a través de las invisibles microlentillas que habían reemplazado sus gafas de montura cuadrada.

—Alberto, ¿qué es lo que se interpone entre Laura y tú? —susurró, atenta.

Hinché mis pulmones de aire, conté mentalmente hasta veinte. A pesar de lo cual mi voz sonó tensa y tremante.

—Pero, bueno, ¿es que todos os habéis confabulado contra mi para acusarme de algo de lo que soy inocente? —clamé excitado—. Mira, Tony: Laura y tú sois muy amigas. Si ella no te ha hecho ninguna confidencia, si no ha sido capaz de confiarte sus inquietudes, yo puedo decirte que no tengo ni idea del motivo de la extraña y reciente conducta de mi mujer. Ninguna idea, puedes creerme.

En sus facciones, ahora atrayentes, se reflejó el estupor.

—Pero... pero... ¡no logro entenderlo! Tu suegra piensa que tú... Bueno, que descuidabas a tu mujer, que mantienes un romance con otra, que... En fin, que no hay otro culpable del desequilibrio emocional de Laura que tú —respondió, procurando que su voz no trascendiera de nosotros.

Sonreí tristemente.

—No me extraña. Los Barrantes son así: ellos siempre le echan la culpa a otro. Escúchame, Tony: te juro que el primer sorprendido por el cambio de conducta de Laura soy yo. ¡Y ojalá consiguiera llegar al fondo del asunto! Tú sabes bien cómo la

quiero. Sólo deseo que sea feliz.

A juzgar por su expresión, comprendí que Tony al menos estaba dispuesta a creer en mí.

—Es muy extraño, sí. Elvira me llamó por teléfono, poco después de las once. Dijo que su hija estaba transtornada y que toda la culpa era tuya. Me pidió que buscara a alguna otra amiga y viniera a visitar a Laura. Telefoneé a Clara y ella se mostró encantada de pasar un día en compañía de nuestra amiga. Cuando llegamos... Bien, Laura parecía un poco ausente, pero fue animándose a medida que comenzamos a hablar, a recordar nuestros tiempos juveniles. Ahora... ahora me parece muy normal. Pero hay algo que no logro comprender.

—¿Qué?

—Ella no demuestra el menor interés por ti. Es duro, Alberto, lo sé. Pero eso es lo que he observado en Laura desde que tú llegaste: desinterés.

Una intensa amargura se apoderó de mí.

—Es cierto. Tu perspicacia te ha llevado a averiguar la verdad. Laura parece revivir en vuestra presencia, pero se muestra indiferente conmigo. ¡Y yo no he hecho nada para merecer su desinterés, te lo juro!

Detrás de nosotros, sonó la voz de Laura.

—Conque secreteando, ¿eh? —exclamó, mirándome con suspicacia—. No te fíes de Alberto, Tony. Es un donjuán. Es muy probable que aproveche mi situación para...

Me volví de un brinco.

—¿Tú situación? ¿Qué situación? —exclamé.

Pero ella desvió rápidamente la mirada.

—Bueno, supongo que puedo fiarme de Tony —dijo confusa. No dijo: «Puedo fiarme de ti, Alberto». Al parecer, confiaba más en su amiga que en mí.

Estaba guapísima, casi provocativa, con aquel elegante vestido de cóctel azul. Como suele ocurrirle a algunas mujeres, Laura había venido descuidando su aspecto últimamente, si bien su indumentaria, por lo normal, era correcta. Pero aquella tarde se había vestido como para una fiesta especial.

Y tuve la sensación de que no se había vestido así *para mí*...

Nos fuimos, un momento después. Tony y Clara alabaron el buen gusto que había tenido mi jefe al ofrecerme aquel magnífico automóvil y todos subimos al vehículo.

Veinte minutos después, dejaba a las tres mujeres ante el hotel Cosmopolitan. Bajé para despedirme, pero Laura me tomó por un brazo y me separó unos pasos de sus amigas.

—Quiero que me dejes el coche —susurró, sin mirarme.

—¿El coche? ¿Para qué? Hace mucho tiempo que no conduces y no deberías...

—¿Vas a dejarme el coche o no? —exigió, tremante.

Puse las llaves en sus manos.

—Está bien, llévatelo. Yo tomaré un taxi o volveré a mi empresa en autobús. Sólo te pido una cosa: cuídalo. No es mío.

Ella se volvió hacia sus amigas, pronunció un amable «Vamos, queridas» y las tres ascendieron los peldaños que conducían al hotel.

Volví a Lasa, S.A. y realicé maquinalmente mi trabajo hasta las seis de la tarde. Tras recoger a Laura, volvimos a casa.

Juana había preparado una buena cena. Tomé un par de cervezas y cenamos. Juana no quería sentarse a la mesa con nosotros, pero acabé convenciéndola. Comimos en silencio, mientras veíamos el programa de la televisión.

A las diez, Juana llevó a mi hija a la cama. Se entendían muy bien y Juana era muy cariñosa. Reflexioné sobre esto: a lo largo de los últimos días, mi esposa se había desentendido por completo de Lauri. Esto no era todo: a veces la había sorprendido mirando a la niña en actitud concentrada, desconfiada... como si nuestra hija fuera culpable de algún terrible delito.

—Debo llevar a Laura al psiquiatra. Quizá el doctor Beltrán tenga alguna razón para justificar la extraña conducta de mi esposa —me propuse.

Las horas transcurrieron lentamente. A la una, Laura no había vuelto. A las dos de la madrugada, me alcé iracundo del diván y fui al teléfono. Pensaba llamar a Tony. Ella, tal vez, tuviera una respuesta para justificar la larga ausencia de mi mujer. Pero cuando iba a descolgar el aparato, zumbó el timbre. Descolgué y oí una voz de mujer:

—¿El señor Alberto Quiroga? Venga urgentemente al hospital Central. Su esposa acaba de ingresar en *Urgencias*. Ha sufrido un accidente de automóvil.

CAPITULO VII

Laura yacía en una cama con una mascarilla de oxígeno velando sus facciones. Su rostro estaba pálido.

—¿Cómo está, doctor? —susurré al hombre de la bata blanca que atendía a mi esposa.

—Creíamos que era más grave, señor Quiroga. Cuando llegó aquí, su esposa estaba cubierta de sangre, pero ya sabe lo que es eso: basta una leve hemorragia para dar un aspecto escandaloso a un accidentado. Sólo sufre unos cortes en la cara y en el antebrazo izquierdo. En realidad, según hemos comprobado, sólo sufre un shock traumático. Volverá en sí pronto. Y otra cosa, señor Quiroga: su esposa está embarazada.

—¿Quéee? —grité sin poder contenerme.

—No grite, por favor. Hemos sometido a su esposa a algunas pruebas y estoy seguro de lo que digo. Y, se lo aseguro, ha sido una suerte que no haya perdido a su hijo, pues el golpe contra ese farol fue fortísimo. Tengo entendido que el coche ha quedado destrozado. Era un «Mercedes», ¿verdad? Por fortuna, esos coches son muy robustos. Cálmese, su mujer estará bien muy pronto. Lo encuentro muy nervioso, señor Quiroga. ¿Quiere que le inyecte un sedante?

Me opuse enérgicamente. Ciertamente me sentía muy nervioso, pero quería conservar mis cinco sentidos intactos.

Acaricié una mano de Laura y luego el médico me sacó al pasillo.

—Estaba un poco... alegre, ¿sabe? —me dijo en confianza—. Por fortuna, un taxi circulaba tras ella cuando el «Mercedes» se salió de la calzada y chocó contra un poste de alumbrado público. Sí, en la avenida Cárdenas. El mismo taxista avisó al servicio de ambulancias. No, no sufre ningún traumatismo interno. Está muy bien, dadas las circunstancias. Tal vez quiera dormir en una habitación próxima. Dispondré todo lo necesario.

Pero yo no quería dormir. Sólo me importaba Laura, mi querida Laura. ¡Al diablo el automóvil de la empresa Lasa! Esas cosas pueden arreglarse, pero Laura... ¡mi adorada Laura!

El doctor se marchó y luego las enfermeras me dejaron entrar en la habitación de mi esposa. Le había retirado la mascarilla de oxígeno y pude ver los rojos trazos del desinfectante que cubrían pequeños cortes en su rostro, apenas unos rasguños.

Laura respiraba suave y rítmicamente. Me tranquilicé un tanto.

Pensé en telefonar a mis suegros y luego decidí no hacerlo, pero los remordimientos me asaltaron y —tras permanecer media hora junto a Laura— pedí utilizar un teléfono y los llamé.

Expuse la situación en pocas palabras a mi suegro. Alonso Barrantes era hombre expeditivo y asumió rápidamente la situación.

—Elvira no puede ir. Lleva unos días muy delicada después de... Pero no importa. Mis hijos y yo estaremos ahí enseguida. Y no te preocupes, Alberto: yo me ocuparé de lo del coche, aunque supongo que el seguro correrá con los gastos de reparación. ¿Te parece bien que me haga cargo de la niña?

Pensé apresuradamente en Lauri, mi pequeña y entrañable Lauri, que aquellas horas dormiría confiada entre las suaves sábanas, quizá soñando con la excursión campestre que le había prometido para el día siguiente. No habría excursión: su madre estaba hospitalizada, aunque su estado no fuera grave. Y el coche en que pensaba darles un paseo a madre e hija, aguardaba, convertido en una chatarra, en una avenida periférica.

—En estos momentos difíciles, debemos permanecer unidos —dijo mi suegro, con un tono tan próximo y afectivo como jamás había empleado conmigo—. Si Lauri viene aquí, tú te sentirás más libre para permanecer junto a tu esposa. ¿Qué te parece? No insistiré si no estás de acuerdo.

—Bien. Creo que es lo más sensato. No le digan nada a Lauri... acerca de su madre. Sólo que... iré a verla mañana, en cuanto pueda —decidí.

—Perfectamente. Enviaré a Carlos a por Lauri y la doncella. Jaime y yo nos dirigimos directamente al hospital —dijo mi suegro.

Llegaron quince minutos después. Mi suegro parecía muy impresionado. Jaime, el mayor de sus hijos, fumaba nerviosamente un cigarrillo tras otro. Nunca había sentido yo simpatía por él ni por su hermano menor, Carlos. Demasiado engolados, demasiado rígidos en sus respectivos papeles de jóvenes hombres de negocios «hijos de papá». Pero ahora mi suegro me abrazó impulsivamente y Jaime Barrantes pasó un brazo por encima de ambos y me palmeó levemente la espalda.

—¿Cómo está Laura? —clamaron al unísono.

Los tranquilicé. Podía haber sido peor —mucho peor, ya lo creo —, pero Laura estaba fuera de peligro. Milagrosamente.

Entramos en la habitación. Poco a poco, los colores volvían al rostro fino y delicado de Laura. Dormía. La enfermera nos indicó amablemente que debíamos salir al pasillo.

Mi suegro fue a entrevistarse con el médico de guardia. En seguida, pusieron a nuestra disposición una habitación doble, próxima a la de Laura, y trajeron bacadillos y una cafetera humeante.

Mi suegro conservaba su habitual actitud de serenidad, pero advertí en él una cierta tensión, una preocupación latente. ¿Por Laura? El médico acababa de darle toda clase de seguridades, aunque no había aludido al embarazo de Laura y yo tampoco hice mención alguna: aún era pronto para echar las campanas al vuelo.

Porque yo ansiaba un hijo desde hacía largos años, pero Laura había quedado traumatizada por el largo y dificultoso parto de nuestra hija, tan penoso e interminable, que había terminado en una operación de cesárea.

Bebimos unas tazas de café. Percibí un cambio en los Barrantes. Jaime no me miraba ya por encima del hombro, con aquella actitud distante y orgullosa. A menudo, nuestras miradas se encontraban y entonces advertía en sus ojos un brillo de simpatía, de solidaridad.

—Telefonaré a Lasa, arreglaré el asunto —insistía mi suegro sobre el tema del «Mercedes» convertido en chatarra—. Todo irá bien, ya lo verás. Y escucha, Alberto: creo que el otro día estuve un poco desagradable contigo. Es la tensión de los negocios, ¿sabes? Las cosas no van tan bien como antes, aunque no podemos quejarnos. Verdaderamente, tenemos que tolerarnos los unos a los otros...

«Pero yo debo tolerarte más que tú a mí», pensé, renco roso. Moví la cabeza, alejando aquellos pensamientos. No importaba nada... excepto Laura.

A las cuatro de la mañana. Alonso Barrantes comenzaba a cabecear.

—Vamos, acuéstese —le dije—. Jaime y yo nos ocuparemos de todo. Usted está delicado. Por cierto, ¿cómo va su salud?

Vi un brillo húmedo en sus duros ojos negros.

—Todavía aguanto —respondió con una débil sonrisa—, ¿De veras creéis que debo acostarme? ¿No hay ningún peligro para Laura?

—Ninguno —respondí—. Puede descansar tranquilamente. Lo avisaremos si ocurriese algún imprevisto. Pero estoy seguro de que todo va bien.

No sé cómo, pero yo sabía que todo iba bien.

Entre Jaime y yo, ayudamos a desvestir a su padre y le ofrecimos el pijama. Sus movimientos eran lentos, dificultosos. En su rol de hombre de negocios indestructible, Alonso Barrantes mantenía el tipo, pero en la intimidad, cuando se relajaba, su espalda se arqueaba considerablemente. No sé qué me pasó, pero de repente sentí simpatía y compasión hacia aquel hombre, con cuyas ideas jamás había comulgado.

Lo dejamos acostado y Jaime y yo salimos al pasillo. No tenía

ninguna confianza con mi cuñado. A lo largo de algo más de ocho años, apenas nos habíamos visto una docena de veces, en algunas celebraciones familiares o festividades señaladas.

Paseamos en silencio a lo largo del pasillo. Fumábamos cigarrillos y procurábamos que nuestras pisadas no resonasen demasiado. Fuimos a echar una ojeada a Laura: dormía tranquilamente. La enfermera que la vigilaba dijo: «Salgan. La señora Quiroga está recuperándose satisfactoriamente». Y salimos.

Jaime Barrantes sacó una vez más su pitillera de oro y brillantes, llena siempre de largos —y carísimos— cigarrillos rubios ingleses. Sonrió tristemente al comprobar que sus cigarrillos se habían terminado.

—Yo sólo fumo negro —dije—. Supongo que no te gustarán.

Le gustaron. Tomó uno con avidez, lo encendió en la llama de mi mechero desechable y aspiró el humo con fruición.

Dimos la vuelta al fondo del corredor y dijo de pronto:

—Mi padre está preocupado por mamá. Ella... se comporta de forma extraña desde que... bueno, desde que hace un par de años le llegó la menopausia —confesó—. Mi madre se ha vuelto exigente con todos, arisca e incomprensible. Papá... ya sabes que padece una afección cardíaca. Discuten algunas veces y eso... no es demasiado bueno para mi padre, agobia j do de responsabilidades profesionales en los últimos tiempos, aunque mi hermano y yo lo vamos descargando de una parte de su trabajo en la financiera. Papá se esfuerza en mantener la calma en casa, pero a veces surgen roces y malos modos. ¡Mi madre es una mujer tan absorbente!

Sentía una viva simpatía por mi cuñado. Jamás me había confiado intimidad familiar alguna y ahora me estaba hablando fluidamente, compartiendo conmigo sus más íntimas preocupaciones. Se diría que había un clima diferente entre nosotros, más familiar y relajado.

Nos detuvimos al oír el leve chirrido del ascensor. Carlos Barrantes apareció en el pasillo. Tenía veintiocho años y era un poco más alto que yo. Era un muchacho muy guapo, aunque sus facciones no tenían la firmeza de su padre y su hermano. Era elegante y presumido: se notaba en el cuidado que ponía en todos los detalles de su indumentaria, verdaderamente impecable.

Al verme, Carlos se detuvo, rígido. Luego vino hacia nosotros, caminando con cierto embarazo. Y me miró:

—¿Qué le estás haciendo a nuestra hermana? —tralló, alzando la barbilla.

—¡Cállate! —le ordenó su hermano mayor, mirándolo con autoridad. Y Carlos bajó la mirada y encendió, con dedos

nerviosos, un cigarrillo—. Laura está bien, fuera de peligro. Eso es lo que importa. En cuanto a papá, se ha echado un rato. ¿Cómo está la niña?

—Ni siquiera se despertó cuando Juana y yo entramos en su habitación... ¡dormía como un ángel! La llevamos al coche y siguió durmiendo en mis brazos con toda tranquilidad. Cuando estábamos acostándola, llamaron del sanatorio Ripoll. Mamá...

Carlos calló súbitamente. Hubo un intercambio de miradas entre los dos hermanos, pero, tras un instante de tensión. Jaime dijo:

—Vayamos a tomar un café. Me caigo de sueño.

Tomamos media docena de cafés a lo largo de la madrugada y fumamos cigarrillos con exceso. Los Tareyton de Carlos se terminaron y sólo quedó mi paquete de Ducados, que repartimos equitativamente, pues la cafetería del hospital es taba cerrada y no sabíamos cómo conseguir más tabaco.

El amanecer nos sorprendió a los tres sentados en un diván del pasillo. Habíamos hablado mucho, de diversos temas. Y nos habíamos acercado recíprocamente.

Carlos se quedó dormido en el diván y Jaime cabeceaba aparatosamente, mientras yo pensaba en Laura, en mi hija y en el hijo que, probablemente, tendríamos algún día si las cosas no se torcían.

Reflexionando sobre aquel embarazo que mi esposa había tenido en secreto, hallé repentinamente la solución a su extraña conducta de los últimos días: Laura tenía miedo.

Debía ser un miedo terrible, verdadero pánico. Era evidente que temía el momento de dar a luz por segunda vez, pues su primer parto había sido largo, doloroso y extenuador.

Me quedé dormido también. Y soñé. O, mejor dicho, recordé...

CAPITULO VIII

El encuentro tuvo lugar en la abigarrada playa.

Laura apareció de repente en la escalinata que descendía hasta la arena. Vestía una falda estampada, calzaba sandalias playeras y desde la cintura para arriba sólo lucía la parte superior de su bañador, que llevaba bajo la falda tableada. «Me la he puesto por ti», me confió después. «Es la misma falda que llevaba aquel día que tú me salvaste de una vociferante masa de energúmenos». A lo que yo respondí: «No eran energúmenos: sólo fervorosos jóvenes ansiosos de expresarse».

Descendía airosamente, balanceando sus caderas con una cadencia leve. La brisa marina soplaba —sólo eran las once de la mañana— y elevó sus cabellos en un aura dorada.

Al verla, pensé: «¡Parece una diosa!». Pero en seguida rectifiqué: «No es una diosa, sino un ser de carne y hueso. ¡Una mujer espléndida!». Y cuando se acercó a mí, me sentí tan tímido como un colegial. Estaba preciosa. «Demasiado para mí», decidí. Pero en lo más profundo de mi corazón, sentí un calor muy superior al del sol que nos bañaba en ese momento.

Tenía un montón de frases literarias para aquel momento, pero se me olvidaron cuando Laura sonrió y me tendió las manos.

—¡Alberto! —exclamó, gozosa—. ¡Al fin, juntos de nuevo!

Sentía unos deseos incontenibles de besarla en la boca, pero sólo oprimí sus manos. La playa bullía de un público heterogéneo y ruidoso. Había miles de sombrillas, jóvenes que correteaban o jugaban con balones playeros, maduros oficinistas exponiendo sus prominentes vientres al sol, joven citas que chillaban estridentemente perseguidas por muchachos de su edad y chiquillos, niños por doquiera. La franja de playa era dorada y estrecha, teñida del tono multicolor de los bañadores y el Mediterráneo inmenso y azul, pero tan remoto que no nos atrevimos a cruzar la ingente multitud para llegar a la orilla.

—Aquí hay demasiada gente —dijo Laura—. He aparcado el coche muy cerca. Podríamos ir al Club Náutico. Hay una estupenda piscina, con muy poca gente a estas horas. Y yo estoy ansiosa por hablar contigo, Alberto.

Dije que sí y mi hermosa muchacha me guió hasta su «Morris» rojo. Subimos al coche y ella condujo diestramente a través del caótico tráfico de la ciudad mediterránea.

Laura estaba ansiosa por saber cosas mías —el curso universitario, el marketing, mi trabajo en el Mercado Central los amigos de la pensión, un probable trabajo como camarero en la Costa Brava—, pero yo me sentía aún más loco por mirarla, por

acariciarla y por escuchar sus explicaciones.

Según me dijo, sólo ella, sus hermanos y el servicio ocupaban la villa que poseían en la ciudad, de cara al mar. Su padre había ido a Bruselas en viaje de negocios y su madre...

—Sufre de los nervios desde hace algunos meses y mi padre la convenció para que se sometiese a una cura de sueño en el sanatorio Ripoll. Como comprenderás, todos estamos preocupados por mamá. Se ha vuelto muy quisquillosa, entrometida e impertinente. ¡No parece ella misma...! Antes... ¡era tan distinta! Siempre amable, comprensiva y afectuosa... En fin, espero que mamá se reunirá con nosotros dentro de unas semanas. En cuanto a papá, vendrá a pasar los fines de semana únicamente. Tienen unas partidas de póquer en el Club Náutico. Mucho dinero de por medio, ¿sabes? —rió alegremente y añadió—: Pero él siempre se las arregla para ganar. ¡Es un lince para todo lo que tiene que ver con el dinero!

El Club Náutico acogía a la élite de Madrid y Barcelona que acudía al Mediterráneo huyendo de los rigores estivales. El ambiente era acogedor, moderno, chic, aristocrático: lujo por doquier. Los empleados vestían elegantes uniformes y eran respetuosos y discretos. No se oían gritos. Era cómodo y agradable traspasar aquellas puertas.

—¿Cómo te decidiste a venir? —preguntó Laura, cuando ambos caminábamos hacia la piscina.

—¿Cómo? ¡Dios mío! Soñaba contigo, vivía contigo, sufría por tu ausencia... y yo deseaba tenerte en persona. Tal vez vaya a la Costa Brava después. Pero este fin de semana es nuestro, pequeña bruja —exclamé, con un trémolo febril en la voz.

De la forma más natural, Laura me ciño por la cintura y me oprimió levemente. Aquel simple gesto me inundó en una cálida oleada de placer, que me sacudió desde la nuca hasta los talones. Turbado por el dulce y tibio contacto de su cuerpo turgente, me separé un poco de Laura.

Luego, cada cual fue a su vestuario y nos reunimos junto a la piscina. Cuando vi a Laura enfundada en su maillot rojo —tan rojo como su cochecito—, volví a sentirme fuertemente excitado y turbado.

Laura era... mucho más rotunda físicamente de lo que había jurado viéndola vestida de calle. Tenía unas piernas largas, perfectas, caderas redondas y mareantes, cintura breve, juvenil, y unos senos prietos y redondos que asomaban un poco por encima del escote generoso del bañador.

Para paliar el calor insoportable que corría por mis venas, me puse bajo la ducha fría, mientras ella hacía lo mismo en la otra

esquina de la piscina.

Nadamos un rato. Y luego salimos y ascendimos al solarium.

—Laura —susurré, secas las fauces—. Eres preciosa.

Sonrió, satisfecha.

—Tú... estás muy bien. Eres amante de los deportes, ¿verdad? Se nota en tus músculos, ¡están desarrollados! Nunca lo hubiera creído, viéndote vestido. Y... ¡te has ruborizado! —exclamó, gozosa.

—Laura... Estoy lastimosamente enamorado de ti. No sé qué voy a hacer —confesé, nervioso.

—¿No sabes qué hacer? Y, sin embargo, es tan fácil. ¡Amame! —rogó en un susurro.

Se me hizo una bola en la garganta y tragué saliva a duras penas. Tan fácil, decía ella. Sólo eso: ámame. Y me mi raba risueña, pero sin sombra de ironía. Ella me quería.

—Me gustaría amarte, pero... —dije con voz ronca.

Nos miramos intensamente. Yo me sentía profundamente frustrado porque... era pobre. Para llegar hasta una mujer como Laura Barrantes no bastaba con obtener una licenciatura en Ciencias Empresariales.

Viéndome tan tenso y concentrado, Laura me propuso bajar y tomar un aperitivo. Fuimos al bar y tomamos un par de cervezas y unas gambas a la plancha. Saqué del pequeño bolsillo del bañador un puñadito de monedas, que fui contando cuidadosamente. Laura me miraba de reajo, con una leve sonrisa comprensiva.

—¡Vámonos de aquí! —propuso de pronto—. Hoy es un día maravilloso. Me gustaría volver al coche y lanzarnos a una carretera olvidada, correr a toda velocidad, detenernos en un pueblo sin importancia, comer en un pequeño bar... Y luego, quizá, descansar un rato bajo la fresca sombra de los pinos. A solas contigo.

—¡Vamos! —dije fervientemente. Y escapamos.

Ella me tendió las llaves del «Mini Morris» y pronunció aquellas frases mágicas:

—Conduce tú. Yo quiero estar libre para mirarte.

Dejamos atrás la ciudad y el «Morris» rojo se deslizó hacia el suroeste a lo largo de una carretera estrecha y sin importancia. Era mediados de junio y las cunetas estaban toda vía muy verdes y herbosas. Ante nuestros ojos desfilaban los rectángulos marrones y verdes de las huertas y el sol brillaba, espléndidamente, en las albercas y acequias.

El pequeño automóvil devoraba, voraz, los kilómetros. El aire fresco acariciaba nuestras mejillas y alborotaba gloriosamente

nuestros cabellos.

No decíamos nada. Estábamos emborrachándonos de sol y de aire puro. Sólo escuchábamos el rumor del viento y los chasquidos quedos de la gravilla al ser desplazada por los neumáticos del coche.

De cuando en cuando, miraba a la derecha por el rabillo del ojo y sorprendía a Laura mirándome fijamente, arroba da, mientras su mano izquierda acariciaba mis cabellos, demasiado crecidos en la nuca.

Corrimos mucho, durante largo rato. Y éramos felices así. Cruzamos varios pueblos, pero Laura no decía nada y yo seguía hacia adelante.

Luego, más allá de mediodía, la llanura terminó y el «Morris» comenzó a escalar la pendiente sinuosa que llevaba a una sucesión de colinas arboladas. De pronto, nos vimos cruzando un pintoresco pueblecito y Laura dijo:

—Para aquí. Me gusta.

Entramos en una taberna. No tenían vermut, sólo cerveza y vino. Pedimos vino. Era excelente, suave y afrutado, muy fresco. ¿De comer? Filetes a la plancha y ensalada de la huerta. Comimos en una mesita pequeña situada en un rincón. Había una jaula con un canario manchado que gorjeaba sin cesar. La mesita tenía un limpio y bien planchado mantel a cuadros azules y blancos.

De postre, tomamos frutas recién traídas de la huerta. La señora que nos servía era una mujer de unos cuarenta años, de limpios y largos cabellos negros, atados en una coleta sobre la nuca. Era muy hermosa, de facciones expresivas y lozanas y expresión cariñosa. Nos miraba risueña y comprensiva: ella también sabía ya que Laura y yo nos amábamos.

—Déjame que pague yo —dijo Laura en un susurro.

E hizo intención de sacar algo de su bolso. Me opuse inmediatamente.

—¡Ni hablar! Yo invito. Es nuestro fin de semana y puedo permitirme derrochar el dinero —Y ella estuvo de acuerdo, aunque por su gesto comprendí que no se sentía satisfecha del todo.

Era muy barato, por lo que pude pagar la cuenta holgadamente y aún me quedaron unos billetes.

Hacia las cuatro de la tarde, nos lanzamos de nuevo a la carretera. El día era muy hermoso: aunque el sol brillaba, cegador, allá en lo alto, la leve brisa que provenía del mar mitigaba agradablemente los ardores de la canícula.

El «Morris» rojo ascendió a velocidad moderada hacia las colinas boscosas. Yo sentía una somnolencia muy agradable en

aquel momento. Por eso, quizá, aminoré la marcha y me desvié por aquel caminito zigzagueante que se perdía entre las frondas del bosque de pinos. Poco después nos deteníamos en la umbría.

Laura sacó una mantita de viaje del maletero de su coche y ascendimos hasta una explanada herbosa. Ella extendió la manta sobre la hierba, a la sombra de un añoso pino mediterráneo y se dejó caer sobre ella gozosamente. La miré y me sentí muy embarazado al contemplar sus hermosas piernas desnudas hasta mitad del muslo. Para disimular la timidez, encendí un cigarrillo y fingí contemplar el panorama que se divisaba desde la colina.

—Ven aquí y dame un cigarrillo —pidió ella con voz pastosa—. ¿Qué esperas? ¡Ven!

Cuando estuve junto a ella, me tomó por una mano, dio un tirón y fui a parar al suelo, muy cerca de ella. Le encendí el cigarrillo y fumamos.

Vimos como las volutas azuladas ascendían lentamente hasta esfumarse entre las frondas del árbol. Laura apagó en seguida el cigarrillo, giró hacia mí y me miró fijamente a los ojos.

Sentí un escalofrío de placer al mirarme en sus maravillosos ojos color avellana, tan limpios y claros como gemas preciosas.

Y dijo ella, acariciando mi mejilla:

—Te amo apasionadamente, Alberto.

Mi respiración se tornó violenta, jadeante.

Laura aproximó sus labios y me besó dulcemente. Confieso que me dejé llevar por el arrebató y le devolví la caricia profunda y largamente.

En aquel momento, supe exactamente lo que iba a sobrevenir. Y todavía un sentimiento de indecisión, de temor y de responsabilidad me movió a separarme de ella.

Pero Laura dijo, sin separar sus ojos de los míos:

—¡Tómame! Quiero ser tuya y que tú seas mío.

Y ya no supe resistirme. Frenéticamente, la abracé y la acaricié íntimamente. Laura había cerrado los párpados y en su rostro juvenil había una expresión de intenso placer y abandono.

¡Qué hermosa era! En su rostro terso y suave había todavía rastros de la adolescente que acababa de ser, pero su cuerpo desnudo poseía la madurez de la mujer en plena sazón.

Nos amamos locamente bajo las frondas del pino. Yo no tenía mucha experiencia sexual, pero había leído muchos libros sobre el tema y me esforcé en atemperar mis urgencias de macho ansioso.

Cuando terminó el éxtasis erótico, Laura suspiró levemente y se relajó por completo. Lo primero que hice fue velar su desnudez, como si dejar aquel bello cuerpo expuesto a las miradas de los pájaros fuese un sacrilegio.

Ella me dejó hacer en silencio, cerrados los ojos. Al cabo, volvió a suspirar, me miró y me besó con suavidad.

—Ha sido... maravilloso, amor mío. ¿Estás contento?

Me gustó. Esperaba que me dirigiese una mirada dramática y plena de reproches. Incluso había temido que se echase a llorar... Pero no: Laura era dueña de sí y no recurrió a los tópicos al uso. Ni siquiera pronunció la clásica frase de «ahora pensarás que soy una muchacha fácil». No. Sólo dijo, radiante:

—¡Te quiero!

Y nos quedamos mirándonos el uno al otro durante largo rato, mientras la brisa agitaba las frondas. Aquellos momentos se me antojaron una eternidad. Una eternidad deleitosa e imborrable.

CAPITULO IX

—No puedo permitir que te marches —me dijo Laura aquella noche.

Asentí. Yo tampoco me sentía con fuerzas para separarme de ella. Sin embargo, yo había prometido a los míos que seguiría ayudándolos económicamente. Mi padre y mi hermano mayor querían ampliar la pequeña finca familiar con unas hectáreas de terreno colindante. Aquel erial estaba en venta y su dueña pedía trescientas cincuenta mil pesetas por el terreno.

Hablé de esto con Laura y ella dijo, radiante:

—¡Hay otra solución! Quédate a trabajar en Alicante.

—¡Pues claro! ¿Cómo no se me había ocurrido? Desde luego, no ganaré tanto como en la Costa Brava o Mallorca, pero me las arreglaré para conseguir el dinero que necesito.

La noche anterior había dormido en Las Brisas, un hotel de segunda categoría a escasa distancia de la playa. Había advertido que el servicio era escaso y los camareros muy poco expertos. Pronto estaríamos en plena temporada y tendrían que contratar más empleados, por lo que a la mañana siguiente pedí entrevistarme con el director.

Le sorprendió mucho que uno de sus clientes se ofreciese camarero, pero se decidió en seguida cuando le mostré mis referencias y le hablé con aceptable fluidez en francés e inglés. El sueldo era inferior al de la Costa Brava, pero quince días después el director me llamó a su despacho:

—Estamos muy satisfechos de usted, Quiroga. Le confieso que muchos de nuestros clientes me han hecho comentarios elogiosos acerca de su tacto, su exquisita amabilidad y su *savoir faire*. Le felicito. Y, como compensación, he decidido incluir treinta mil pesetas como gratificación especial.

Entre tanto, Laura y yo vivíamos el verano más apasionante de nuestras vidas. Mi turno de trabajo comenzaba a las dos de la tarde y terminaba bien avanzada la madrugada. Yo dormía pocas horas, pero eso no me importaba. De mañana, Laura me recogía en su «Morris» rojo y corríamos a disfrutar de un baño en el Club Náutico, que ya comenzaba a abarrotarse, lo mismo que el hotel Las Brisas. Habían llegado oleadas de ingleses, franceses y alemanes y el negocio marchaba viento en popa. Había dinero a raudales y desde el director hasta el último pinche, todos nos sentíamos eufóricos y satisfechos.

Algunas mañanas, Laura y yo emprendíamos relampagueantes excursiones hacia las playas del sur o nos refugiábamos en los bosques de las colinas. Eramos intensamente felices y gozábamos

de nuestra juventud con frenesí.

Pero Laura no se sentía satisfecha: para ella, la mañana era muy poco. Una tarde, muy sorprendido, la vi aparecer elegantemente vestida en la terraza superior —la mía exclusiva y lujosa— del hotel Las Brisas.

—Pero ¿qué haces tú aquí? —le pregunté, desconcertado.

—He venido a tomar una copa, como cualquier cliente. Y exijo que me atienda el mejor camarero: tú —respondió con redomada picardía.

Sonreí. Estaba guapísima y me tentaba. Deseaba besarla apasionadamente, pero... no estaría muy bien visto que un camarero se permitiese tales licencias con sus clientes. Quise invitarla, pero no me lo permitió: allí, Laura sólo era una cliente.

Venía cada tarde, a partir de aquel día. Se sentaba a una mesa, bajo las frescas ramas de un sauce, y pedía un *sanfrancisco*. que sorbía lentamente, sin perderme de vista. Me llamaba a cada momento, con cualquier disculpa y a veces me ponía nervioso con tanta insistencia. Pero en el fondo, me sentía muy orgulloso de tenerla allí, *vigilándome*, como ella solía decir.

A primeros de julio, le pregunté por su madre.

—No puede venir, aún. Al parecer, el estado de sus nervios requiere más cuidados de lo previsto. Por cierto, iré a visitarla pasado mañana. Tal vez esté ausente dos o tres días —respondió Laura.

En seguida, me sentí muy inquieto y vacío. Ahora no concebía un día sin la presencia adorada de Laura Barrantes. Porque, en realidad, desde que ella decidió pasar las tardes en la terraza superior de Las Brisas, gozaba de su presencia constantemente. Y ella iba a marcharse...

No hablaba mucho de su familia. Su padre iba y venía de la ciudad a la costa. En cuando a sus hermanos, Jaime y Carlos, se sacaban la espina en Alicante, viviendo las vacaciones a fondo y dedicándose con toda intensidad a la vida social. Durante nueve meses de cada año, los varones de la familia no sólo se esforzaban en seguir sus carreras —Jaime acababa de regresar de Estados Unidos, donde había obtenido su máster—, sino que también los obligaba su padre a interesarse por los negocios.

Laura se marchó por fin y yo me quedé muy triste. Tanto que hasta mis compañeros del hotel me lo notaron. No fueron dos o tres días, sino cinco. Cuando Laura me llamó por teléfono, la alegría volvió de repente, a oleadas.

—Se complicaron las cosas, amor mío. Mamá estaba muy desanimada y tuve que quedarme unos días más. Parece que su salud no progresa. No vendrá por ahora. Tal vez más adelante...

Pero a mí —lo confieso— no me inquietaba el estado de su madre. Sólo echaba en falta a mi adorable y hermosa Laura, en la que había pensado constantemente durante su ausencia.

Fue un encuentro maravilloso. Esa mañana, abarrotamos el «Morris» rojo de bebidas y provisiones y nos marchamos hacia nuestro reducto de las colinas. Y allí, en cuanto nos supimos solos, hicimos el amor con ardor e impaciencia, como si hubiéramos estado separados por toda una eternidad.

Fue un verano muy feliz. Luego, hacia finales de agosto, Laura me dijo que su madre había llegado. Ni me iba ni me venía, pues yo no vivía con los Barrantes, excepto con una maravillosa mujer llamada Laura.

El sábado siguiente. Laura apareció en la terraza del hotel Las Brisas. En seguida advertí que algo había cambiado: había una sombra de preocupación en sus hermosos ojos color avellana. Se mordía el labio inferior nerviosamente y no dejaba en paz sus finas manos bronceadas.

—¿Qué ocurre?

—Papá y mamá quieren verte. Te recibirán mañana, a las diez. Les he dicho que trabajas en este hotel y que por la tarde estás ocupado. ¿Te parece bien? —dijo de pronto.

—Pero ¿por qué? Hasta ahora hemos vivido espléndidamente tú y yo, sin la intromisión de tu familia. ¡Es tan extraño...! Apenas me has hablado de ellos. Y ahora...

Me miró fijamente, como con miedo. Pero en seguida su expresión se aclaró.

—Hay una explicación, Alberto. Estoy embarazada.

La bandeja se me fue de las manos y rebotó sonoramente en el suelo. El jefe de camareros me miró con reproche, mientras las personas que llenaban la elegante terraza superior demostraban su curiosidad sin disimulo.

—Embarazada —silabeé, dominado por el estupor.

Como suele ocurrir a los jóvenes enamorados, yo no había tenido en cuenta que el amor fogoso suele traslucirse así, con un embarazo.

—Hablaremos después —le dije apresuradamente a Laura. Y me marché a atender a otros clientes. Aquella tarde cometí multitud de errores, que me ganaron una llamada de advertencia por parte del jefe de camareros.

Más tarde, ya de madrugada —Laura cenó en el hotel—, pudimos hablar con cierta tranquilidad.

—¿Estás segura? Tengo entendido que, a veces...

—No hay la menor duda, Alberto. Hace más de un mes que empecé a sospechar, pues se me retiró la menstruación. Me he

sometido a unos análisis clínicos e incluso me han hecho una ecografía. Estoy embarazada. Segurísimo.

Sucedió una pausa. Yo fumaba un cigarrillo tras otro, nerviosísimo.

—¿Se lo has dicho a tus padres?

—Sí. Por eso quieren hablar contigo. Naturalmente, si no quieres hacerte cargo de...

—¡Calla! —exclamé, furioso—. Yo te amo y eso es suficiente. Hablaré con tus padres. ¿Qué es lo que piensan ellos?

—Seré sincera: piensan que eres un sinvergüenza, un se ductor, un tipo calculador que lo ha hecho todo con un solo objetivo: casarte conmigo.

—Pero ¡tú sabes que no es verdad! —protesté—. En realidad, tus padres me tienen sin cuidado. Lo sé, lo sé: son muy ricos. Pero no necesito de ellos para nada. Si lo que quieren es que nos casemos, no tienen que preocuparse: yo te quiero y tenerte por esposa será algo estupendo. No te preocupes: tengo iniciativa, soy capaz de ganar dinero para los dos. Todo irá bien.

Laura vino a recogerme al hotel a la mañana siguiente. Cuando el «Morris» rojo se detuvo ante la residencia de los Barrantes, entendí de una vez el abismo que nos separaba. Laura se había referido a aquel palacio como a «una casa», pero lo que yo tenía ante mis asombrados ojos era muy diferente: una playa privada: tres hectáreas de parque, una villa lujosa de treinta habitaciones...

Jaime y Carlos Barrantes jugaban al tenis. Al pasar, dejaron colgar las raquetas y me dirigieron una mirada penetrante y fría como el hielo. Me despreciaban.

La entrevista con los señores de Barrantes fue muy desagradable. Tuve que oír reproches que sólo eran insultos disimulados y escuché, tenso, la opinión que yo les merecía. Yo era un *parvenú*, un arribista, un aprovechado, un tipo indigno que se había aprovechado de la ingenuidad de Laura.

Querían saber si estaba dispuesto a casarme con Laura. Dije que sí. Se mostraron muy sorprendidos cuando dije que estaba dispuesto a correr con sus gastos, en cuanto nos casáramos y Elvira Barrantes sonrió, pesimista. Por su parte, Alonso Barrantes se interesó, aunque a cierta distancia, por mi carrera. Le dije que terminaba Ciencias Empresariales al año siguiente y esto pareció complacerlo, aunque no hizo ningún comentario.

A lo largo de la entrevista —no permitieron que Laura estuviera presente— me demostraron en todo momento su superioridad. Solapadamente, mi futura suegra aludió a mi humilde origen, a mi pobreza y al hecho de que mis padres fueran simples labriegos.

Salí de allí furioso y tenso, pero satisfecho de haber mantenido

mi dignidad hasta el último momento. Laura no salió a despedirme —no se lo permitieron— y cuando pasé ante la pista de tenis, Jaime y Carlos Barrantes ni siquiera se dignaron mirarme.

Estuve tres días sin ver a mi querida Laura. Llamé por teléfono, pero fue inútil. Al fin, ella vino a verme. Estaba pálida y parecía haber Horado.

—Todo está resuelto. Ahora mis padres saben a qué atenerse. Les he dicho que me iré de casa si no me permiten verte. Todo está bien, Alberto. Seguiremos como antes.

Pero no fue así. Laura tuvo que acompañar a su madre en el viaje de regreso y tardó diez días en volver. Y al fin, se marchó. Yo me quedé en la costa hasta mediados de octubre, pues la temporada estaba alta y había problemas en la Universidad.

Cuando ingresé, mi cartilla de ahorros había engrosado en casi quinientas mil pesetas y yo había adelgazado diez kilos.

Fui a ver a mis padres. Les hablé de Laura y de mí.

—Necesito el dinero que he ganado durante el verano. Tengo que comprar una casa para Laura y para mí.

—Quédatelo —dijo mi padre, apretándome la mano— Hemos tenido una cosecha muy buena y ese erial será nuestro. Acordamos con la dueña comprarlo a plazos. Si necesitas dinero, cuenta con nosotros. Y trae a tu novia para que la conozcamos. Si tú la quieres, nosotros la querremos como si fuera nuestra.

Una semana después visité el barrio de La Selva. Con quinientas mil pesetas podía comprar un piso modesto, pero yo quería algo más para Laura. Entregué cuatrocientas mil pesetas de entrada y firmé un fajo de letras.

Laura y yo fuimos a ver nuestro chalet a finales de octubre. Ella llevaba muy bien su embarazo, que ya contaba cinco meses. Su vientre se había dilatado, pero mi querida Laura seguía tan guapa como siempre.

—Voy a ingresar en la Academia de Policía —le confesé—. He aprobado el examen de ingreso y sólo serán tres meses de academia. Compréndelo, necesito ganar dinero de una forma regular. Al mismo tiempo, seguiré estudiando y terminaré mi carrera. Poco a poco, todo se irá solucionando.

Nos casamos una semana después, en la iglesia de un pueblecito sin importancia. No acudieron más invitados que los familiares de Laura y los míos. Los Barrantes, tan clásicos y conservadores ellos, no querían provocar un escándalo entre la buena sociedad en que se desenvolvían. En la ceremonia, mi gente a un lado, los suyos al otro, tiesos y rígidos, como marcando las distancias. No hablaron entre ellos, apenas

cambiaron unas frases frías y corteses.

En enero, terminé mi curso en la Academia de Policía. Me preocupaba que me destinaran a un lugar distante, pero el comisario Losada me tranquilizó:

—No te preocupes. Te nombraré mi ayudante.

Laura y yo fuimos a vivir al barrio de La Selva. No teníamos muchos muebles, apenas los imprescindibles, pero yo me negaba sistemáticamente a aceptar la ayuda económica de mis suegros. Alonso Barrantes me había ofrecido un puesto en sus empresas, desde el primer momento.

—No tendrás que matarte a trabajar y gozarás de un sueldo elevado. ¡Sería tonto no aceptar una oferta tan generosa...!

No la acepté. Si los Barrantes no hubieran sido tan engreídos y distanciantes, mi actitud hubiera sido diferente. Pero dadas las circunstancias...

De todas formas, Laura y yo éramos muy felices. Mi trabajo en comisaría me dejaba libre a las dos. Tras el almuerzo, me dedicaba a realizar esas mil chapucillas caseras imprescindibles en un hogar que empieza a formarse. Más tarde, me retiraba a estudiar y me marchaba a la Universidad. To do iba bien.

Apenas veía a los familiares de Laura. Ellos sólo habían venido una vez a casa y yo me sentía más tranquilo lejos de ellos. Mi esposa iba cada tarde en taxi a Rocas Blancas, donde los Barrantes poseían una espléndida residencia. Al principio, mi suegro enviaba uno de sus lujosos coches a recoger a Laura, pero le hice una observación al respecto a mi esposa y dejaron de enviar el coche.

Llegó marzo. Una noche, Laura comenzó a quejarse. Sentía malestar, dolores... El parto se aproximaba.

La llevé a la clínica de madrugada y telefoneé, por cortesía, a los Barrantes. En cuanto llegaron a la sección de Maternidad, se dejó sentir su influencia: acudieron los doctores y las enfermeras y Laura fue cambiada de habitación, para ocupar una suite regia.

Fue un parto muy largo y dificultoso. Yo veía las facciones de mi esposa, contraídas por el dolor, macilenta y sudo rosa, y sufría hondamente con ella, que mantenía mi mano apresada entre las suyas y murmuraba constantemente:

—¡No te alejes de mí, no me dejes...!

El niño no venía, el niño se hacía esperar demasiado. Mi suegro conspiraba con los médicos en el pasillo. Y amaneció: A Laura le estaban aplicando oxígeno y anestésicos a cada momento.

Tuvo una hemorragia a las siete de la mañana. Mi suegro hizo venir al doctor Paredes, tocólogo de élite, el más prestigioso de la ciudad.

Oí palabras aisladas: extenuada, distócico, urgencia, cesárea...

Laura estaba muy mal, era evidente. Le habían hecho una transfusión sanguínea, pero el niño no acababa de nacer y todos nos sentíamos tensos y angustiados.

A las doce del mediodía, mi esposa tuvo otra hemorragia. Poco después, me sacaron de la habitación: consulta con mi suegro y el famoso doctor Paredes.

—Es preciso practicar la cesárea. Su esposa está muy grave. Tenemos que intervenir con urgencia...

—¡Hagan lo que sea preciso, pero háganlo cuanto antes! — chillé, perdidos los nervios—. Pero sobre todo, doctor, salven a mi esposa.

Laura gritaba, al otro lado de la puerta.

Llegaron enfermeras y poco después, Laura salía en una camilla camino del quirófano. Yo corrí en pos de ellos, pero el doctor Paredes me detuvo.

—Debe quedarse fuera. Lo que podría ver no será muy agradable para usted. Tal vez, el niño nazca muerto...

Sentí un golpe en el pecho. Pero la camilla desapareció en el quirófano y yo quedé en el pasillo, desconcertado, triste y solitario.

—Vaya a tomar algo al bar —me dijo una enfermera, compadecida de mi aspecto—. Seguramente no ha desayunado siquiera, ¿verdad?

No la obedecí. Saqué un paquete de cigarrillos y fumé ansiosamente. Y paseé, paseé como una fiera enjaulada de un extremo a otro del largo y espejeante pasillo.

La niña nació a las seis de la tarde. La operación fue fácil, pero Laura tuvo que ser trasladada con urgencia a la unidad de vigilancia intensiva.

Me mostraron a la niña: era hermosísima, robusta y sana. Había pesado más de cinco kilos y su tamaño desmesurado había sido la causa de todas las dificultades del parto.

Me permitieron ver a Laura, algún tiempo después, ni siquiera recuerdo qué hora era. Parecía un espectro de sí mis ma. en medio de aquel caos de cables y conductos que iban a parar a su pecho y a sus brazos. Extraños aparatos clínicos destellaban junto al lecho.

Tenía sus cabellos húmedos, pegajosos y sucios. Sus facciones eran cadavéricas, angulosas, y sus ojos se habían hundido profundamente en las cuencas. Por un momento pensé que estaba muerta, tan pálida e inmóvil la vi.

—Aún no ha superado el estado crítico —oí que decía el doctor Paredes a mi oído—. Pero todo irá bien. Ahora, déjenos. Nos ocuparemos de ella.

Tres días más tarde, Laura comenzó a recuperarse. Me sonrió débilmente.

—Cariño, ha sido tan difícil. Me he sentido morir. Por nada del mundo me gustaría tener que afrontar de nuevo una experiencia semejante —susurró. Y vi el pánico reflejado en sus preciosos ojos color avellana.

CAPITULO X

—¿Quiere venir, señor Quiroga?

Acababan de despertarme; una enfermera aguardaba, expectante.

Jaime y Carlos se habían marchado a alguna parte y el pasillo estaba silencioso y solitario.

—¿Cómo está? —pregunté, ansioso.

—Perfectamente. Probablemente, le darán de alta esta mañana.

Cuando entré en la habitación de Laura, yo estaba seguro de haber desvelado el misterio: mi esposa se había trastornado al comprobar su segundo embarazo. Su extraña y loca actitud de los últimos días se debía al pánico que experimentaba al recordar las dificultades de su primer parto.

Al verme, sonrió con valor. Pero la inquietud se reflejaba en sus ojos acaramelados.

—Ven, acércate —murmuró.

Me arrodillé junto al lecho y tomé ávidamente sus manos. La enfermera se había ido. Estábamos solos.

—No temas tú, amor mío —le dije en un susurro—. Todo irá bien, te lo prometo. El doctor me ha dicho que estás embarazada, pero esta vez no será como la anterior. Te cuidaré con todas mis fuerzas, te verán los mejores médicos, te prepararemos para el parto... Hay mucho tiempo por delante. Además, hoy contamos con muchos adelantos. Está el parto sin dolor, por ejemplo...

Me miró fijamente.

—Alberto —dijo—, no es al parto a lo que temo. Aunque... confieso que al principio me sentí aterrada.

Me erguí un poco, dominado por el estupor.

—¿Qué es, pues, lo que te trastorna? Por favor, dímelo.

Comenzó a llorar silenciosamente.

—Es Lauri. Ella...

Rompió a llorar desesperadamente. Las lágrimas brotaron abundantes y su pecho se estremeció.

—Es por... lo que descubrí en la cocina aquella tarde, ¿recuerdas?
El gato socarrándose lentamente en el horno, la cocina envuelta en tufaradas de acre humo apestoso... Los periquitos de Lauri, degollados sobre un plato, dentro del frigorífico. ..

Un sudor helado resbaló por mis mejillas y empapó el cuello de mi camisa. De nuevo surgían los fantasmas, otra vez volvía el horror...

Me puse en pie impulsivamente

—¿Y tú crees que fue nuestra hijita la autora de aquella barbaridad? —clamé, mirándola con reproche.

Tragó saliva.

—Eso es lo que temo: que mi hijita está... loca —murmuró.

—¡Vamos, vamos, por amor de Dios! —protesté, sin recordar que Laura seguía hospitalizada y acababa de superar un amargo trance—. ¡Pensar que Lauri, que mi hija pudo cometer tal monstruosidad! ¡Es una... insensatez!

Laura lloraba mansamente. Luego, se irguió un poco y se enjugó las lágrimas con un pico de la sábana.

—¿Por qué te crees que vengo padeciendo desde hace varios días? ¿Por qué imaginas que he estado bebiendo como una alcohólica desde entonces? Alberto, tengo que compartir con alguien el infierno que llevo dentro... ¡tengo que hablarte! —exclamó, trémula.

La compasión me inundó.

—Está bien: habla. Estoy aquí para ayudarte —dije.

Comenzó a explicarme muchas cosas: su perturbación psíquica se debía a las sospechas que nuestra hijita le suscitaba.

—Ocurrió algo que me dio que pensar, hace unas semanas. Fue un sábado: mamá había venido a visitarnos y tú aún no habías regresado del trabajo —relató—. Lauri jugaba con «Pillo» en la parte posterior del jardín. Ofrecí a mi madre un aperitivo y poco después ella fue al lavabo y se despidió...

—¡Sigue! —exigí, ávido.

—Yo fui a despedir a mamá hasta el coche que la esperaba y volví en seguida, dispuesta a servir el almuerzo para Lauri y para mí. Unos maullidos espeluznantes me impulsaron a correr hasta la parte posterior. El gatito colgaba de una rama, con un pedazo de sedal alrededor del cuello. El pobre animal estaba a punto de morir ahorcado y se agitaba en la agonía. Por fortuna, reaccioné rápidamente. Cogí un cuchillo y corté el sedal. «Pillo» se recuperó en seguida, por fortuna. Pero yo no podía olvidar la acción de Lauri. La llamé a gritos desaforados y ella vino al fin, recelosa y desconfiada. Lo negó todo, chilló, se revolcó por el suelo, incluso... vomitó lo que había tomado en el almuerzo. Pero yo sabía que nuestra hijita había cometido algo imperdonable. La pegué, la pegué con fuerza, desordenadamente, hasta que ella rodó por el suelo. Pero aunque la interrogué una y otra vez no dio su brazo a torcer.

Laura calló y ambos nos miramos, demudados.

—Pero... ¡no puede ser! Lauri no es así, Lauri amaba a su gatito... —protesté con fervor.

—Ella era la única que estaba en el jardín, ella jugaba con el gatito minutos antes. ¡Fue ella la que intentó ahorcarlo, ella la que, semanas después, introdujo al pobre animalito en el horno

ardiente! Quizá... quizá, ¡Dios mío no quiero pensarlo! fue capaz de encerrarlo allí vivo.

Había ido encrespándose a medida que hablaba y terminó gritando como una posesa. Apareció la enfermera y me ordenó salir con un gesto. Luego pusieron un sedante a Laura.

Hablé más tarde con los Barrantes. Todos estuvimos de acuerdo en que Laura quedase hospitalizada por unos días.

Esa tarde fui a ver a mi hija a Rocas Blancas. Por fortuna mi suegra estaba ausente. Carlos había mencionado el sanatorio Ripoll y deduje que mi suegra volvía a sufrir crisis nerviosas.

Lauri y yo paseamos por el parque. La niña tenía una expresión seria, triste.

—¿Qué le ha pasado a mamá? —me preguntó, oprimiéndome cariñosamente una mano.

—Mamá... va a traerte un hermanito —me decidí de pronto a revelarle.

Su carita resplandeció y sus ojos brillaron de entusiasmo.

—¡Un hermanito! ¿Seguro que sí, papá? —y cuando asenti, me echó los brazos al cuello, me besó y murmuró, extasiada—. ¡Hace tanto tiempo que lo esperaba! Cuando venga... no me sentiré tan sola.

La miré de reojo, desalentado y tenso. ¿Era posible que mi hija sufriese una perturbación mental? A mí me parecía tan angelical, tan pura y cariñosa como siempre.

Laura volvió a casa a la semana siguiente. Se había recuperado. Pero teníamos mucho que hablar.

—Mantengamos la calma. Sea como sea tenemos que resolver esta situación. Seamos fuertes, cariño —dije—. Si nuestra hija está enferma, la cuidaremos. Pero ahora necesito saber...

Su expresión era más relajada y serena.

—No es posible que Lauri cometiese tal salvajada —invoqué—. Ella es pura, ingenua, ¡buena! La he visto enternecer se ante un pequeño cachorro... No puedo aceptar que nuestra hijita...

—Cualquier cosa puede suceder si uno está loco —respondió Laura, triste—. Claro que ella es buena. Pero si sufre una enajenación mental. ¡Dios mío, mamá ha sufrido mucho de los nervios! ¿Y si fuera algo hereditario? —planteó.

—Calma —rogué, y aquella invocación iba más dirigida a mí que a mi esposa—. No sé si Lauri trató de ahorcar al gatito. Los niños, a veces, son crueles con los animales. Pero lo que no estoy dispuesto a admitir es que ella introdujese a «Pillo» en el horno ni cometiese algo tan horrible con los pajarillos. Te ruego te fijas en esto: Lauri estaba en el colegio. *Ella no pudo hacerlo.*

Laura me miró con fijeza inquietante.

—Sí pudo hacerlo —declaró con voz tensa—. Durante muchos días me he atormentado con esto. Mi embarazo me tenía un tanto inquieta, pero cuando volví aquella tarde y tuve que afrontar aquella escena de pesadilla... Bien, trataré de conservar la serenidad, Alberto. A la mañana siguiente llamé a la directora del colegio. Según se comprobó: Lauri había desaparecido durante dos horas. Tuvo, pues, tiempo suficiente para venir aquí y... Te mentí, sí. Urdí aquella farsa del intruso que había intentado violarme. Dije lo primero que se me ocurrió, para callar la horrible sospecha.

Yo no podía creerlo. A pesar de todo. No podía imaginar a mi hijita escapando furtivamente del colegio, tomando un autobús —ella siempre iba en mi coche— y penetrando en nuestro chalet para... para...

Pero Laura abandonó el diván, fue al teléfono y marcó un número. Luego me llamó con un ademán. Decía la verdad: la directora del colegio me estaba hablando. Decía que Lauri había desaparecido por espacio de dos horas en la tarde del dieciséis de abril. Interrogada por su profesora, dijo que había ido a comprar golosinas a un puesto situado en la plaza Marbella. Después, como cualquier niño, se había entretenido dando de comer a las bandadas de palomas que acudían a la plaza. Hasta que las campanadas del reloj de la catedral le hicieron comprender que el tiempo había pasado. Entonces regresó al colegio. La habían castigado sin postre durante una semana y eso era todo. ¿Por qué nos preocupábamos tanto? Según la profesora, todos los niños cometen travesuras semejantes, sin trascendencia.

Colgué el teléfono y Laura me miró fijamente.

—¿Comprendes ahora? No traigas aquí a Lauri. No podría vivir tranquila sabiendo que ella.. Pero ¡Dios mío!, debe estar muy enferma. Quizá se trate de una enfermedad hereditaria. Y ahora yo, ¡me siento tan culpable!

La abracé y me esforcé en tranquilizarla. Al atardecer, tomé mi coche y me dirigí a Rocas Blancas. No sé qué secreto impulso me obligó a detenerme en la plaza Marbella. Había grupos de niños y mayores alimentando a las palomas que acudían a comer en la mano. Poco más allá, estaba el kiosko de golosinas.

Me acerqué. Había una señora de unos sesenta años detrás de la ventanilla, muy limpia y bien compuesta con su bata blanca, impecable.

Saqué un billete de quinientas pesetas y le dije:

—Quiero comprar unas golosinas para mi hija, pero no sé qué puede gustarle más. Ella... Bien, tiene ocho años, es morenita y estudia en el colegio de enfrente.

—Ah, ya, claro que sí —respondió amablemente la mujer—. Debe ser Lauri, ¿verdad? Se gasta casi todo el dinero en cañamones para las palomas. Es una niña preciosa, señor. ¡Y tan encantadora! Lo que más le gusta son estas bolsitas que producen crujidos al paladearlas, ¿ve? Pero ella no es muy golosa: compra algunas chucherías para sus amigas, pero la mayor parte del dinero es para la comida de las palomas. ¡Se emboba con ellas! ¿Cómo? ¿Que si lo reconozco a usted? ¡Naturalmente! Llevo viéndolo varios años. Siempre llega poco antes de las nueve, para dejar a la niña, y vuelve poco después de las seis de la tarde, a recogerla.

—Lauri nos dio un pequeño disgusto —dije, haciéndome el distraído—. Hace unos días, creo que fue el dieciséis de abril, se escapó del colegio...

—¡Oh, sí, lo recuerdo muy bien! Fue el día de mi cumpleaños. Lauri vino un momento y quiso comprar unas bolsitas de ésas y unos chiclés. «¡Lástima! —dijo—. No tengo más que quince pesetas. No podré comprar cañamones para las palomitas». Yo cumplía ese día sesenta y un años y decidí regalarle los cañamones. Se puso muy contenta y fue a alimentar a las palomas. Se distrajo y dos horas después se marchó corriendo hacia el colegio. Unos días después volvió a comprar: «Tengo mucha prisa —dijo—. Hoy no puedo dar de comer ajas palomitas. ¡En el colegio me dieron una buena bronca!»

Mi pecho se hinchó en una profunda inspiración.

La mujer del kiosko me preguntaba qué deseaba comprar, pero yo no la oía. Después escuché sus voces:

—¡Señor, señor, se olvida su dinero!

Me volví, sonreí y alcé la mano en señal de saludo.

El corazón me saltaba en el pecho de puro gozo cuando me metí en el coche y arranqué, hacia el norte.

Lauri no había mentido.

Lauri no había tomado el autobús para volver a casa y cometer una salvajada.

Lauri había dicho exactamente la verdad.

Lauri no era un monstruo.

Pero un pensamiento me intranquilizó: ¿Quién era el monstruo, entonces...?

CAPITULO XI

La enfermera de recepción alzó la cabeza y enarcó una ceja en expresivo gesto interrogante. Era guapa y ella lo sabía. Había intentado coquetear conmigo, pero yo no había ido a flirtear al sanatorio Ripoll.

—Sí, la señora Barrantes, doña Elvira Barrantes. ¿Cuál es el médico que la atiende? —insistí.

La jovencita frunció el ceño, despechada.

—¿Es usted familiar de la señora Barrantes? —insistió una vez más.

—Ya se lo he dicho: soy su yerno. Aquí tiene mi documento de identidad. Por favor, tengo prisa. Quiero saber cuál es exactamente el estado de mi suegra.

—Espere —respondió secamente.

Pulsó un botón del intercomunicador y habló con tono gangoso y confidencial durante unos segundos.

—Vaya al final del pasillo, la puerta del fondo. Doctor Rosales —dijo. Y alzándose de hombros se inhibió por completo de mí.

El doctor Rosales era un hombre de cincuenta años, cabellos canosos, fuertes facciones, mirada penetrante y palabras amables.

—Síntese, señor Quiroga —ofreció. Y cuando estuve acomodado frente a él, añadió—: Es curioso: usted viene a ser la obsesión de la señora Barrantes.

—¿Cómo? —clamé, estupefacto.

—Bueno, viene a ser una constante en su conducta, desde hace largos años. A veces, atraviesa etapas de gran animación, y tranquilidad, pero cuando sufre una crisis, siempre repite ese nombre: Alberto Quiroga. Una manía, supongo.

Sus palabras me inquietaron mucho, pero yo había ido allí con una misión concreta.

—Me gustaría saber, doctor, cómo van los nervios de la señora Barrantes —dije.

—¿Sus nervios? —su ceja derecha formó un arco agudo—. Bueno, ya sabe que no se trata simplemente de nervios, sino de una afección mental. Una psicopatía. Un psicópata es un enfermo mental a ranchas. Es decir, atraviesa etapas de ab soluta normalidad y otras en las que su sensibilidad y voluntad se ven afectadas por la demencia. Ahora, la señora Barrantes sufre una de esas etapas críticas, pero su estado no es preocupante. Cuando su esposo advierte que se acerca una fase crítica, la trae aquí, donde la vigilamos y cuidamos.

—¿Es incurable?

—A un médico no le gusta pronunciar esa palabra, aunque le confieso que estas enfermedades psíquicas no suelen evolucionar favorablemente. Lo único que podemos hacer es mantener su estado estacionario. Ahora, estamos tratando a su suegra con quimioterapia y sesiones de hipnosis. A veces reacciona muy bien, de forma que podemos enviarla a casa. Le aseguro que, fuera de las crisis, la señora Barrantes es una persona encantadora. Aunque —sonrió—, eso debe saberlo usted tan bien como yo, señor Quiroga.

Todavía estuvimos hablando un rato. El doctor Rosales me explicó que aquella clínica no era un verdadero manicomio, sino un sanatorio para personas afectadas de enfermedades psíquicas poco graves.

—Esto es un verdadero palacio, como habrá podido apreciar. Nuestros pacientes no están encerrados, sino que gozan de libertad. Pueden reunirse en los salones de recreos, practicar deportes, pasear por el extenso parque arbolado, formar tertulias, ver cine y televisión, dedicarse a sus hobbies favoritos, recibir visitas... Y hablando de esto, ¿quiere que lo acompañe a visitar a la señora Barrantes? Es una magnífica jugadora de canasta y ahora dirige un torneo apasionante.

—No, gracias —decliné—. Sólo trataba de informarme sobre su estado de salud y ahora ya sé a qué atenerme. Le quedo muy reconocido, doctor Rosales.

Amablemente, el psiquiatra me acompañó hasta el vestíbulo, donde nos despedimos. Aquella noche, Laura y yo nos sentamos ante el televisor. Durante largo rato, permanecemos en silencio viendo el programa.

Luego ella puso una mano en mi brazo y dijo:

—¿Has visto a la niña? ¿Qué has decidido respecto a ella?

Desvié la mirada.

—Aún no lo sé. Lauri parecía tan feliz... Le dije que esperábamos un hermanito para ella y el júbilo se traslucía en su carita. Es muy duro, Laura, mantener alejada a nuestra hijita de nosotros...

Mi esposa se apartó. Su rostro se había crispado y temblaba.

—¡No se te ocurra traerla aquí! —chilló, desfavorida—. No me sentiría segura después de...

Tuve que esforzarme en tranquilizarla.

—De acuerdo, de acuerdo: seguiré en Rocas Blancas por el momento. Dejaré pasar unos días. Tengo que tranquilizar me y reflexionar sobre este asunto...

Impulsivamente, me abrazó.

—Tienes razón, ¡pobre esposo mío! —murmuró compadecida—. Has debido pasar un trago muy amargo durante estos días. Yo, con mi actitud inestable, bebiendo como una loca y vagando sola por esas calles... ¡Incluso te demostraba indiferencia! Pero tengo que explicarte por qué lo hacía. Verás: cuando comprendí que nuestra hijita sufría una perturbación mental, me sentí morir —las lágrimas acudieron, generosas, a sus hermosos ojos—. Yo sé cuánto la quieres tú y temía el momento en que tuviera que confesarte mis sospechas. ¡Me sentía tan trastornada! Prefería que creyeras cualquier otra cosa acerca de mi antes... antes de que conocieras la verdad.

Lloró mansamente durante un ratito. Luego se calmó.

—No hago más que darle vueltas en la cabeza a este asunto, que tanto me perturba —le dije—. Tú dices que aquel día Lauri estaba jugando con el gatito en la parte posterior del jardín y que tu madre fue al aseo poco antes de despedirse. ¿Cuánto tiempo duró su estancia en el cuarto de baño?

La mirada que clavó en mis ojos era penetrante y... desconfiada.

—Pero ¿qué tiene que ver eso?

—Contesta, te lo ruego.

—Pues., no sé. Quizá diez, quince minutos, no puedo precisarlo —vaciló.

Yo encendí nerviosamente un cigarrillo.

De pronto me decidí.

—Laura, tu hija no cometió aquella infamia con su gatito y sus pájaros —confesé. Y le expliqué mis pesquisas al respecto—: La señora del kiosco de golosinas precisó, sin que yo la forzara, que Lauri se distrajo dando de comer a las palomas por espacio de unas dos horas. No pudo, por tanto, venir aquí y llevar a cabo tal salvajada. ¡Laura, Laura, piénsalo! Nuestra hijita es inocente La mujer del kiosco te lo repetirá, si es necesario.

Mi revelación la anonadó.

Luego, a medida que la verdad fue penetrando en su cerebro, su expresión se animó y sus ojos adquirieron un brillo nuevo.

—¡Dios mío! Y yo la acusé... ¡Mi pobre pequeña! —exclamó, apesadumbrada. Y luego, en brusca transición—: Pero si no fue Lauri, ¿quién...?

No respondí inmediatamente. Prefería que fuera ella la que pusiera a trabajar su mente y extrajese alguna deducción. Pero ella callaba y finalmente dije:

—No lo sé. Quizá te dejaste la puerta abierta, como tú misma sospechaste, y alguien que no nos quiere bien llevó a cabo aquel acto brutal, infrahumano. No quiero pensar en eso. Lo mejor es olvidarlo.

Mi esposa se retorció las manos frenéticamente. Debía sentirse culpable y se atormentaba con la idea de haber sido injusta con nuestra hija.

—Creo que debería ir a Rocas Blancas y traer a Lauri. Su presencia nos alegrará y será un consuelo para ti —sugerí.

Pero Laura se opuso, invocando que eran más de las once de la noche.

—¡Pobrecilla! Debe estar dormida hace largo rato. Por favor, no te vayas ahora. Déjala descansar. Puedes traerla dentro de unos días.

—¡No! Mañana —decidí.

Esa noche dormí muy inquieto. Turbadoras pesadillas agitaron mi sueño y cuando sonó el despertador, me sentí muy pesado y cansado, como si hubiera caminado durante largas horas.

Preparé el desayuno para Laura y para mí, preparé una bien surtida bandeja y se la llevé a la cama.

—Para mi chica del «Morris» rojo —le dije, besándola suavemente tras la oreja. Y ella me devolvió una sonrisa que calentó mi corazón.

Poco después me despedía de ella y me dirigía a mi empresa. Mediada la mañana, Laura me telefoneó para advertirme que su padre le había enviado a Juana, la joven doncella. Esto me tranquilizó, no sólo la presencia de la muchacha, sino también la llamada de mi esposa: las cosas parecían volver a la entrañable cotidianidad.

Poco antes del mediodía, el señor Lasa vino a mi despacho y dijo:

—Acaban de llamarme de la compañía de seguros: el asunto está solucionado. Lo consideran siniestro total y me pagarán casi un millón de pesetas. Mucho más de lo que el coche valía, pues lo compré de ocasión, por unas setecientas mil. ¿Sabe una cosa, Alberto? Usted me trae suerte. Mis negocios se han incrementado desde que lo nombré jefe de tráfico. Incluso su suegro, el señor Barrantes, ha contratado nuevos servicios con nuestra empresa. En fin, no puedo disimular mi satisfacción. Dentro de poco, le asignaré otro coche. Y procuraré que sea digno de usted.

Le di las gracias amablemente y abandoné mi despacho. Cuando llegué a casa, Laura acababa de salir del baño y presentaba un aspecto espléndido. Pero yo seguí advirtiendo una leve sombra en sus ojos color avellana.

Con la disculpa de buscar hielo para mi martini fui a la cocina. Juana tarareaba una cancioncilla y en el aire se expandía un embriagador aroma a *poularde au provenzal*.

La miré durante un momento. Y en seguida me decidí:

—Juana, ¿quieres salir un momento al jardín? Quiero hacerte una pregunta.

Tardó un momento en decidirse, un tanto sorprendida, pero al fin se secó las manos en su blanco delantal y salió.

—Eres una buena muchacha, Juana —dije con lentitud, mientras escrutaba sus facciones con insistencia—. Por eso me sorprende que me mintieras.

Enrojeció vivamente, balbució con torpeza.

—Recuerda una fecha —insistí—. El dieciséis de abril. Apenas hace dos semanas de ello. Yo llamé por teléfono a casa de los Barrantes, ¿vas recordando? Tú cogiste el teléfono. Te pregunté si

mi esposa había estado allí y tú lo negaste. Ahora, Juana, me consta que mentías.

Era una baladronada, pero yo tenía un presentimiento.

—¡Contesta!

—Yo... bueno, fue doña Elvira la que me obligó... Me dijo que...

—Pero mi esposa estuvo allí, ¿no es cierto?

—Sí, estuvo. Pero su madre estaba cerca cuando usted llamó y me obligó a mentirle. Compréndalo, señor Quiroga, yo sólo soy una criada. Debo obedecer a las personas que me pagan —confesó, sin pestañear.

—Lo comprendo, Juana, y no te acuso por esa pequeña mentira. Por cierto, ¿sabías que mi suegra padece una enfermedad mental?

—Sí, lo sé. Y puedo asegurarle que yo he sido la primera en sufrir las consecuencias de su inestabilidad. Pero sé que no debo decirlo —respondió.

No quise presionarla más. Juana parecía muy nerviosa y no me pareció bien inquietarla más.

Laura y yo almorzamos en el salón. A veces, rompía a charlar animadamente, pero luego caía en un silencio repentino, que yo no quería turbar.

Poco después de las seis de la tarde, abandoné la empresa Lasa, S.A. y me dirigí a la zona residencial Rocas Blancas. Previamente había telefonado a casa de mis suegros para advertir que pasaría por allí para recoger a mi hija.

Néstor López, el secretario personal de mi suegro, me recibió.

—El señor está en la biblioteca. Quiere hablar con usted antes de que se lleve a la niña —dijo.

Me guió hasta aquella estancia. Mi suegro estaba junto a la chimenea y bebía a pequeños sorbos una taza de té. Lo saludé y me acerqué. Parecía más viejo, más decrepito e impotente que unas semanas atrás. Su rostro tenía un color ceniciento y la taza tembló en su mano.

—¿Se encuentra mal? —pregunté, amable, advirtiéndole que su secretario nos había dejado.

Consiguió esbozar una sonrisa de circunstancias.

—No peor que en otras ocasiones... después de sufrir un amago de infarto —dijo con entereza—. Pero ven, siéntate. O mejor: abre ese mueble y sirve whisky en dos vasos. Para mí sólo un par de dedos. Hay hielo en un recipiente. No, no temas: un poco de whisky no me vendrá mal. Mi médico me lo aconseja, en dosis razonables.

Fui al bar y abrí las puertas correderas, detrás del pequeño mostrador de madera de teka. Tras una ojeada al anaquel, cogí

una botella de Chivas Regal y serví en dos vasos largos. Añadí hielo y, ya me disponía a volver con los dos vasos, cuando vi brillar algo sobre el terciopelo rojo que tapizaba el bar. Dos llaves. Dos llaves idénticas a las de mi casa.

Que yo recordase, jamás habíamos entregado duplicados de nuestras llaves a mis suegros. ¿Cómo, entonces, se encontraban allí?

Las cogí disimuladamente y las deslicé en un bolsillo de mi chaqueta. Luego volví a la chimenea, puse los vasos en una rústica mesita castellana y me senté.

—Hay cigarrillos en un estuche, sobre la chimenea —dijo mi suegro—. Fuma si quieres. No me molesta.

Tomé un cigarrillo, lo encendí y fumé, sentado frente a él. De pronto, alzó la mirada y clavó sus ojos negros en los míos:

—¿Qué es lo que buscas, Alberto? —inquirió, sin pestañear—. Sé que ayer estuviste en el Sanatorio Ripoll y sonsacaste al doctor Rosales. Dime —exigió con firmeza—, ¿qué tratas de averiguar?

No me dejé intimidar. Saqué las llaves, las dejé en la mesa y dije:

—Alguien obtuvo copias de las llaves de mi casa. Acabo de encontrarlas en su bar, señor Barrantes. ¿Puede ofrecer me alguna explicación?

CAPITULO XII

Me la ofreció, con voz ronca y grave: en una sesión de hipnosis, el doctor Rosales había averiguado la verdad. Elvira Barrantes había confesado su odio hacia mí, engendrado por la psicopatía. Nunca me quiso, pero su demencia la forzó a intentar destrozar mi hogar, sembrando la duda.

—Fue ella la que cometió aquella salvajada con el gato y los periquitos —confesó mi suegro—. Atravesaba una de sus crisis, ¿comprendes? Su mente enferma urdió el plan. Pretendía con ello separaros a ti y a Laura, sin entender el mal que os podía hacer. El doctor Rosales me lo confesó, hace unos días. ¿Qué puedo decirte, Alberto, sino que lo siento infinitamente? Por otra parte, mi esposa no es responsable. Sólo es una pobre enferma, con ratos de lucidez. Yo... ignoraba lo de las llaves, pero sospechaba algo. Mi esposa... pasará algunas temporadas con nosotros, pero siempre tendrá alguna enfermera cerca. No os causará problemas. Sólo te pido que... que no le guardéis rencor.

Qué viejo y abatido parecía. Movido por un impulso irrefrenable, me puse en pie y lo abracé.

—No hay ningún rencor —le dije—. Creo que ahora estamos más cerca que nunca.

Iba a decirle algo más, cuando escuché la voz de Lauri, que acababa de irrumpir en la habitación. Se abrazó a mí, gozosa, me cubrió de besos y luego corrió hacia mi suegro.

—Abuelito, tengo que marcharme —dijo, un poco triste—. Me gustaría seguir aquí contigo, pero mamá me necesita ahora. ¿Quieres darme un beso?

Mi suegro la acogió entre sus brazos, estremecido, y acarició sus cabellos. Luego se incorporó despacio, como si le costara un gran esfuerzo.

—¿Volverás, Lauri? —preguntó esperanzado.

—Naturalmente que volverá —respondí yo—, Lauri tiene que cuidar a su abuelo.

Vino hacia mí y pasó un brazo sobre sus hombros.

—Gracias, Alberto. Que Dios os bendiga. Hoy, más que nunca necesitamos de vosotros —murmuró a mi oído.

Su secretario nos acompañó hasta el jardín. Lauri y yo abandonamos la residencia Barrantes con el ánimo alegre y ligero. Media hora después estábamos en casa. Al introducir la llave en la cerradura recordé que no la había cambiado por otra más segura y sentí un leve remordimiento. Pero la puerta se abrió y Lauri penetró en el vestíbulo como una tromba.

—¡Mamá, mamá! ¡Ya estoy aquí, mamáita!

Laura salió a nuestro encuentro y se fundió con nosotros en un cálido y apretado abrazo. Nos miramos. Yo me había prometido no decirle nada para no inquietarla, pero en su mirada capté que su padre acababa de hablar con ella por teléfono.

Sus ojos color avellana brillaron.

—Gracias, amor mío —la oí murmurar, abrazada a mí—. Tengo la esperanza de que a partir de ahora todo irá bien.

Acarició la cabeza de Lauri, alzó la voz, y gritó alegremente:

—¡Venid! La cena está dispuesta.

Seguí a mis dos mujeres después de exhalar un suspiro que alivió mi pecho.

«Sí —pensé—. Creo que a partir de ahora las cosas irán mucho mejor, mi adorable dama del “Morris” rojo...»

F I N

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

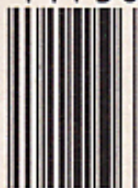
acción...

ROJO



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España